
HARLEQUIN
Bianca
EN SUS BRAZOS
CARLA CASSIDY

2001 Carla Cassidy (Carla Bracale)
EN SUS BRAZOS
Colección Bianca Nº 1272-7.11.01
Título original: Lost in His Arms
Protagonistas: Talbot McCarthy y Elizabeth

Argumento:

Talbot McCarthy era un hombre sexy, un empresario de éxito y el único capaz de desatar la pasión de Elizabeth. Pero, por desgracia, también era el hermano de su ex marido. Se sentía tan atraída por Talbot que, durante nueve años, Elizabeth había evitado a toda costa encontrarse a solas con él. Pero cuando su hijo desapareció y Talbot le ofreció su avión privado para llevarlo de vuelta a casa, no le quedó más remedio que enfrentarse cara a cara con la tentación.

Había conseguido ser fuerte hasta que un accidente con el avión los dejó indefensos en mitad de un bosque. A la luz de la hoguera, Talbot le parecía más irresistible que nunca y su mirada más penetrante. Perdidos y solos, Elizabeth no podía dejar de pensar cómo podría no sucumbir a la tentación…

Capítulo 1

TALBOT McCarthy no era un campista feliz. Miró a la mujer sentada al lado en su Cessna de un solo motor. El último sol del día se colaba por la ventanilla y arrancaba reflejos dorados a su cabello rubio oscuro.

Hacía casi un año que no la veía, pero el tiempo no había apagado el azul intenso de sus ojos ni suavizado la expresión decidida de la mandíbula.

Elizabeth McCarthy.

La ex mujer de su hermano.

Antes de salir de su apartamento, había cambiado el traje sastre que llevaba por unos tejanos, una camiseta y una sudadera que la protegiera del frío de la noche del otoño.

Los téjanos se pegaban a sus piernas y la camiseta de un tono naranja claro imitaba el color melocotón de sus mejillas. Intentó no fijarse en la presión de sus pechos contra la tela de algodón.

En apariencia esperaba la partida muy relajada. Pero le vio las manos y vio que las apretaba de tal modo en el regazo que tenía los nudillos y los dedos blancos.

—¿No te gusta volar? —preguntó.

—No especialmente —repuso ella, con voz tensa—. Si tengo que volar, prefiero hacerlo en grandes aviones comerciales y no en avionetas más pequeñas que mi cuarto de baño.

—No temas, soy un piloto muy bueno.

—Sí, y el *Titanic* no se podía hundir.

La torre le dio permiso para despegar en aquel momento. Talbot se volvió hacia la pista y aceleró para empezar el ascenso.

No volvió a hablar con ella hasta que estuvieron arriba.

—Ya puedes relajarte. No debería haber problemas de aquí a Branson.

La mujer separó las manos y respiró hondo.

—¿Vuelas a menudo? —preguntó.

—Bastante —repuso él—. Como presidente de Industrias McCarthy, siempre tengo reuniones en alguna de las sucursales. Me cansé de depender de los horarios de los aviones y me gusta la independencia de pilotar uno propio.

Notaba que ella lo escuchaba solo a medias y sabía que debía estar pensando en Andrew, su hijo de nueve años, y en su ex marido.

—Me gustaría decirte que entiendo esta última maniobra de Richard, pero no es así.

La mujer sonrió levemente y Talbot apretó los controles con fuerza y se esforzó por ignorar el modo en que aquel gesto suavizaba sus rasgos y la hacía más hermosa de lo que nunca habría considerado posible.

—Ni tú ni yo hemos tenido nunca mucha suerte entendiendo a Richard.

—Eso es cierto —asintió él.

Apartó la atención de ella y frunció el ceño. No sabía qué se proponía su hermano. Sólo sabía que Richard había ido a buscar a su hijo a la escuela sin consultar con Elizabeth, un viernes de un fin de semana que no le tocaba.

Cuando llegó a casa del trabajo, Elizabeth encontró una nota en la mesa de la cocina que decía que Richard quería que fuera a Twin Oaks, Missouri, el pueblo a las afueras de Branson donde Richard y Talbot habían pasado su infancia.

La mujer llamó a Talbot para ver si sabía lo que ocurría y este insistió en volar desde su casa de Morning View, Kansas, a Kansas City, donde fue a buscarla y se ofreció a llevarla hasta Twin Oaks.

Talbot sospechaba que, como otras veces, eran víctimas de uno de los impulsos repentinos de su hermano.

Elizabeth cambió de postura a su lado y el hombre captó una ráfaga del perfume sutil pero sexy que usaba desde que la conocía. De hecho, lo llevaba también la primera vez que la vio, el día en que Richard y ella fueron a decirle que esperaban un hijo y se iban a casar.

Su hermano parecía asustado, pero los ojos azules de Elizabeth irradiaban fuerza y determinación y Talbot sintió una punzada de celos de su hermano.

Aquello lo asustó y se esforzó por mantener las distancias durante los años de matrimonio, hasta el punto de mostrarse más bien frío y brusco con ella.

Confiaba en que aquella atracción hubiera muerto hacía tiempo, pero la ráfaga de perfume bastó para inicial— una pequeña llama en la boca de su estómago.

Se recordó que era la mujer de Richard y que, aunque llevaran ya un año divorciados, siempre sería la mujer de Richard.

La voz de ella interrumpió sus pensamientos.

—Debería estar furiosa, pero siempre me ha costado trabajo enfadarme mucho tiempo con Richard.

Esa vez fue Talbot el que sonrió.

—Sí, te comprendo muy bien.

A pesar de la inmadurez de su hermano, había algo en él que atraía a la gente. Era como un niño pequeño que necesitaba unos azotes pero que solía librarse sólo con un suspiro de exasperación de los adultos que lo rodeaban.

Talbot dejó de sonreír y frunció el ceño pensativo.

—Pero esta última semana no ha sido el mismo.

—¿Qué quieres decir?

El hombre sintió la mirada de ella, pero no se volvió. Los años le habían enseñado que era peligroso mirarla… eso solía llevar a pensamientos poco apropiados.

—No lo sé… Está muy callado y, cuando habla, a menudo es de nuestra infancia… del pasado.

—A lo mejor es que madura por fin a los veintisiete años. Sigue trabajando contigo en Industrias McCarthy, ¿verdad?

Talbot asintió.

—Es un buen director de personal. La gente se le da bien.

Se preguntó si lamentaría su divorcio de Elizabeth y si su viaje a Twin Oaks sería un intento de forzar una reconciliación.

Seguramente no esperaba que ella lo llamara a él. Y menos que él insistiría en llevarla hasta Branson, donde alquilarían un coche para seguir el camino.

Se preguntó qué haría Elizabeth si Richard buscaba una

reconciliación. Desde luego, Andrew estaría encantado. Aunque parecía haber aceptado bien el divorcio, ¿no era el sueño de todo niño ver juntos a sus padres?

Y Talbot sólo quería la felicidad de su hermano. Mucho tiempo atrás le había prometido a su padre que haría lo imposible por cuidar de Richard.

Un pitido de alarma resonó en la cabina.

—¿Qué es eso? —preguntó Elizabeth, asustada.

Talbot miró horrorizado la aguja del tanque de combustible. Casi vacío. Pero no podía ser; había repostado antes de salir de Morning View.

—No sé —repuso—. Parece que perdemos combustible.

—Pero todavía estamos lejos de Branson —protestó Elizabeth, con un deje de histeria en la voz.

—Mira por la ventanilla y dime si ves un claro en el que pueda aterrizar.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

El motor de la avioneta tosió en aquel momento y luego dejó de funcionar.

El único sonido era el ruido del viento chocando contra la avioneta.

—No, no te tomo el pelo —dijo él con suavidad.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha parado el motor.

Talbot luchaba por conservar el control del pequeño aeroplano. Tomó el micrófono, pero sólo disponía de unos segundos para pedir ayuda por radio, así que volvió a soltarlo y mantuvo las manos en los controles mientras el avión comenzaba a descender con demasiada rapidez.

—¿Cómo que se ha parado el motor? —la voz de ella subió de tono.

—Quiero decir que ya no tengo el control de este avión.

—¡Eso es ridículo! —gritó ella—. Tú siempre tienes el control de todo.

En cualquier otro momento, Talbot habría discutido aquella afirmación, pero necesitaba de toda su energía y concentración para mantener el aparato en el aire. Y era una batalla que empezaba a perder.

—Estamos cayendo —dijo.

—Nunca te lo perdonaré, Talbot McCarthy —exclamó ella, justo antes de que chocaran con los árboles.

Elizabeth siempre había creído que antes de la muerte hay un momento en el que toda tu vida pasa ante tus ojos y todos los placeres y arrepentimientos se combinan en un instante de verdad profunda.

Se equivocaba. Lo que le pasó por la cabeza a medida que el avión caía del cielo fueron dos cosas: un gran dolor por su hijo, y la vergüenza de saber que esa mañana se había puesto sus bragas más viejas.

Cuando chocaron con los árboles, hubo un ruido ensordecedor. Chirrió el metal, se rompieron cristales y Elizabeth tardó unos momentos en darse cuenta de que ella contribuía al ruido gritando a pleno pulmón.

Se agarró a su asiento con fuerza. Le cosquilleaba el estómago como si viajara en una montaña rusa y acabara de bajar la pendiente más pronunciada. Fue vagamente consciente de que Talbot lanzaba una sarta de maldiciones.

El fuselaje viró con fuerza y después, sin previo aviso, cayó de costado. Algo golpeó la cabeza de Elizabeth y la envolvió la oscuridad. Lo último que pensó antes de perder el conocimiento fue que la muerte no resultaba tan dramática como podía esperarse.

—¿Elizabeth?

Una voz masculina penetró entre la niebla y perturbó su sensación de vacío. La voz volvió a sonar.

—¡Elizabeth!

Esa vez la reconoció. Era Talbot. ¿Cómo demonios había conseguido Talbot McCarthy entrar en el cielo?

Su siguiente pensamiento resultó más perturbador. ¿Y si ella no había conseguido llegar al cielo? ¿Y si tenía que pasar la vida eterna compartiendo un lugar en el infierno con Talbot?

Sus labios formaron una protesta, y abrió los ojos. Se encontró con una nueva visión del infierno. Una iluminación débil cortaba la oscuridad. Metales retorcidos… humo acre… una rama de árbol que atravesaba lo que había sido el parabrisas…

El avión. Sintió un dolor agudo en el lado derecho de la cabeza. Se habían estrellado. Movió la cabeza para mirar a Talbot y vio que

él la observaba.

—Gracias a Dios —dijo el hombre—. Por un momento, he pensado que habías muerto. ¿Estás bien?

La mujer hizo una mueca y se llevó una mano a la cabeza, donde tenía un bulto del tamaño de un huevo.

—Creo que sí, aunque por un momento yo también he pensado que había muerto. ¿Qué tal tú?

—Estoy bien. Pero algo está ardiendo. Tenemos que salir de aquí lo antes posible —se desabrochó el cinturón—. Tendremos que hacerlo por tu puerta, la mía no se abre.

Elizabeth se desabrochó el cinturón y se puso en pie vacilante. Consiguió abrir su puerta y se volvió hacia Talbot, que seguía sentado.

—¿No vienes? —preguntó, preocupada al ver llamas en la parte trasera del avión.

—Mi pierna parece estar atrapada —dijo él entre dientes, al tiempo que tiraba de ella con las manos.

Elizabeth lo miró esforzarse por liberar la pierna. Las llamas se hacían más calientes, iluminando mejor la cabina, y vio gotas de sudor en el labio superior de él. Talbot lanzó una maldición y tiró con fuerza, y medio se cayó del asiento cuando la pierna quedó al fin libre. —¡Vete! —gritó, y la empujó hacia la puerta. La mujer vaciló y miró lo que quedaba del avión por el hueco. Las alas se habían separado, dejando sólo el pequeño fuselaje, que estaba atrapado entre dos árboles y colgaba a unos dos metros del suelo.

—Estamos atrapados en los árboles —dijo. —¿A qué distancia del suelo? —preguntó él con urgencia.

—No lo sé de cierto. Dos o tres metros… Antes de que terminara la frase, él la empujó por detrás, lanzó un grito y agitó un instante los brazos, como si pudiera echarse a volar milagrosamente.

Al aterrizar se le doblaron las rodillas, lanzándola de cara contra el suelo. Antes de poder levantar la cabeza, oyó la caída de Talbot, seguida de un gemido.

Un momento después estaba encima de ella. Tiró de su brazo y la puso en pie.

—Tenemos que alejarnos del avión-dijo—. No sé si explotará o no, pero no podemos correr el riesgo.

Dio un paso y cayó contra ella.

—Estás herido.

—Estoy bien. Sólo es la pierna —intentó dar otro paso y lanzó una maldición al ver que estaba a punto de caer—. Es preciso que nos alejemos un poco. Tendrás que ayudarme.

La mujer se colocó debajo del brazo de él, permitiéndole que se apoyara con fuerza sobre su hombro. Paso a paso, se alejaron del avión, penetrando más profundamente en el bosque que los rodeaba.

Había por todas partes árboles y trozos del avión. Elizabeth se maravilló de que hubieran escapado con vida. Unos centímetros a la izquierda o a la derecha y habrían chocado de cabeza con el tronco de un árbol, y no habría sobrevivido ninguno de ellos.

—Vale, creo que es suficiente por ahora —dijo él cuando estuvieron a unos cuarenta metros del fuselaje. Se dejó caer al suelo y ella se sentó a su lado.

Miraron los dos el avión que ardía. Las llamas parecían vacilantes, como si dudaran si acabar de consumir o no el avión.

—¿Cuánto falta para que explote? —preguntó ella.

—No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que lo haga. No quedaba nada de combustible, así que puede que no. Reza para que explote.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Porque una explosión puede ser lo único que llame la atención de alguien y nos consiga ayuda. De no ser así, no sé cuánto tiempo tardarán en encontrarnos.

Siguieron observando las llamas oscilando aquí y allá, sin llegar a convertirse en un infierno completo. A cada minuto que pasaba, la adrenalina y la impresión que se habían apoderado momentáneamente de Elizabeth empezaban a desaparecer.

Andrew. El nombre de su hijo fue su primer pensamiento racional. Se estremeció al darse cuenta de lo cerca que había estado de quedarse sin madre.

Sentía cada vez más dolores en la cabeza y el cuerpo.

La noche estaba silenciosa, con excepción del crujir del fuego. La oscuridad se hacía más intensa a medida que disminuían las llamas. No se veía el cielo a través de las copas de los árboles, por lo que ningún rayo de luna penetraba la oscuridad.

Por primera vez desde el accidente, sintió una punzada de miedo en la boca del estómago.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Yo creo que entre Kansas City y Branson. —Bueno, eso no es decir mucho —protestó ella. Con el miedo, llegó también una cierta dosis de rabia—. Creí que habías dicho que eras un piloto excelente.

—Y lo soy. No estás muerta, ¿verdad? —no la miró, sino que mantuvo la vista fija en el fuego—. Siento no poder ser más específico sobre nuestro paradero.

—Y supongo que no vamos a llegar a Twin Oaks —intentaba desesperadamente alimentar la rabia, que le parecía preferible al miedo contra el que combatía—. No puedo creer que hayas estrellado el avión.

—No lo he hecho aposta —repuso él con sequedad.

La mujer se ruborizó y respiró hondo. —Por supuesto que no. Perdona —dijo de mala gana—. Estoy algo alterada.

—Debe ser contagioso, porque yo también —Talbot respiró hondo y tiró de la manga rota de su chaqueta—. Este era mi traje predilecto y ahora está arruinado.

Elizabeth lo miró con incredulidad, hasta que vio que se curvaban los labios de él. —¿Talbot McCarthy bromeando? —No sé por qué te sorprende tanto. Tengo sentido del humor.

—Nunca lo habría imaginado —contestó ella—.

En todos los años que estuve casada con Richard, jamás te vi sonreír —de hecho, siempre lo había considerado, frío, e increíblemente atractivo. Esa dicotomía solía ponerla incómoda—. ¿Qué hacemos ahora?

—Si tuviera el teléfono móvil, pediría ayuda. Por desgracia, se ha debido caer del bolsillo durante el choque o al salir del avión. Así que lo más inteligente es quedarse cerca del avión y confiar en que llegue ayuda.

La mujer quería preguntar qué ocurriría si no llegaba ayuda, pero tenía miedo de conocer la respuesta. Retrocedió para apoyar la espalda en un tronco y la sorprendió que él siguiera su ejemplo.

Lo miró de soslayo apoyarse y cerrar los ojos. En otras circunstancias, habría disfrutado con el estado de su ropa.

Desde que lo conocía, nunca lo había visto desarreglado. Su hermoso cabello moreno estaba revuelto, y una mancha de humo o de aceite decoraba una de sus mejillas. El traje se veía rasgado y sucio, y la camisa que tan inmaculada había sido al comienzo del

viaje estaba arrugada y ennegrecida.

Frunció el ceño. Talbot, que medía casi un metro noventa de estatura, tenía el cuerpo de un atleta: hombros anchos y caderas estrechas. Y se movía con una gracia masculina que atraía la atención de las mujeres.

Sin embargo, no era guapo al estilo tradicional. Tenía rasgos duros, ojos oscuros que no revelaban nada de su interior, una boca fina que raramente sonreía y una nariz de halcón que daba a su rostro un aire de fría arrogancia.

Bajó la mirada a sus piernas y dio un respingo. El pantalón roto dejaba ver la rodilla, que tenía una herida profunda que seguía sangrando. —Talbot, esa rodilla está muy mal —dijo. El hombre abrió los ojos y miró el lugar indicado.

—No sangra mucho —enarcó una ceja—. Claro que si sientes la necesidad de rasgar tu camiseta para venderla, no te prives.

—Yo nunca sacrificaría una camiseta buena por ti —se burló ella —. Pero te propongo un trato. Si puedes cortar unas ramas y construirnos un apoyo cómodo mientras esperamos, rompo mi camiseta para vendarte la pierna.

El hombre se echó a reír, y el sonido poco familiar de su risa provocó una ola de calor en el cuerpo de ella.

Durante los nueve años de su matrimonio con Richard, había combatido con fuerza la atracción que le producía Talbot. Había evitado quedarse a solas con él, pero ahora se encontraban solos en mitad de ninguna parte. Intentó reprimir una sensación de intranquilidad.

—Creo que los dos hemos visto demasiadas películas —repuso él —. Además, yo no desperdiciaría una buena rama contigo.

Aunque su comentario sólo pretendía corresponder al anterior de ella, la mujer agradeció la frialdad de su voz, frialdad que le recordó que nunca había estado segura de que le gustara Talbot McCarthy.

Una luz brilló un momento en la distancia y Elizabeth se incorporó de un salto.

—¿Has visto eso? —preguntó—. A lo mejor es un helicóptero de rescate.

En cuanto terminó de hablar, sonó un trueno sobre sus cabezas.

—Creo que es más bien una tormenta —contestó Talbot.

Cuando las primeras gotas de lluvia cayeron sobre su rostro, la joven miró a su compañero.

—Creo que te odio, Talbot McCarthy.

—Créeme, Elizabeth; puede que antes de que termine esto, ese sentimiento sea mutuo.

Capítulo 2

TALBOT nunca se había sentido tan fuera de su elemento. Llovió durante una hora, y el agua terminó por apagar las últimas ascuas del avión y empapó a los dos a conciencia.

Por fortuna, la tormenta acabó por alejarse, dejando tras de sí una profunda oscuridad y un silencio interrumpido sólo por el sonido de sus respiraciones.

—Esta noche no vendrá ningún equipo de rescate, ¿verdad? —preguntó Elizabeth con suavidad.

—Dudo que empiecen a buscarnos esta noche —repuso él. No le dijo que dudaba también de que los buscara alguien al día siguiente. Prefería reservarse por el momento los detalles desagradables.

—O sea que pasaremos la noche aquí —la voz de ella denotaba una tensión extraña. No parecía rabia, sino algo más profundo y oscuro. —Supongo que mañana podremos andar hacia algún sitio en busca de ayuda —comentó él. No dijo que le dolía la rodilla hasta el hueso y que temía haber agravado una antigua lesión de rugby.

—Y de momento sólo podemos seguir sentados en la oscuridad.

Talbot deseó que algo iluminara los rasgos de ella.

—Sé que no será una noche cómoda, pero no parece haber otra alternativa —contestó.

La mujer guardó silencio un rato, pero rozó el hombro de él con el suyo.

—No me gusta la oscuridad —murmuró.

Miedo. Eso era lo que se oía en su voz. La competente y decidida

Elizabeth McCarthy tenía miedo a la oscuridad.

—No hay nada que temer —dijo él.

—No tengo miedo. Simplemente no me gusta la oscuridad —no se apartó, sino que dejó su hombro pegado al de él.

Talbot no la creyó. Era increíble, pero tenía miedo a la oscuridad. Una de las cosas que se había dicho que no le gustaban de ella era que siempre parecía controlada, una mujer fuerte y eficiente.

Se preguntó qué otras debilidades podía tener, aunque el interés que sentía por ella lo irritaba.

Por lo que a él se refería, ella era una tentación prohibida, enviada para poner a prueba su voluntad. Pero no podía evitar sentir curiosidad.

—¿Desde cuándo sientes fobia a la oscuridad? —preguntó.

—No es una fobia —suspiró ella; se pasó una mano por el pelo, que cayó sobre el hombro de él.

Talbot se puso rígido; combatió el impulso de tocar el pelo para ver si era tan suave y sedoso como parecía.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es dormir un poco. Estoy seguro de que todo tendrá mejor aspecto a la luz del día.

—Yo no estoy tan segura —dijo ella, con suavidad.

Fueron las últimas palabras que cruzaron entre ellos durante la noche.

Talbot intentó ponerse cómodo, pero la adrenalina que lo había invadido desde el momento en que vio que caía el avión no se disipó lo suficiente como para dejarlo dormir.

Sabía que a Elizabeth también le costaba trabajo relajarse. La sentía moverse una y otra vez a su lado. Luego sus movimientos se espaciaron y, cuando dejó caer la cabeza sobre el hombro de él, supo que se había dormido al fin.

Su primer instinto fue apartarla. No quería sentir el calor provocativo de su cuerpo ni oler el débil aroma a fresa madura que emanaba de su cabello. Pero tenía que admitir que el calor de su cuerpo suponía una bendición en el brillo de la noche.

Cerró los ojos esforzándose por relajarse, consciente de que podía necesitar de toda su energía a la mañana siguiente.

Si tenían suerte, los encontraría alguien que hubiera visto caer el avión o descubrirían un pueblo cercano.

De no ser así, tal vez se hallaran en mitad de un bosque, sin nadie en muchos kilómetros. Y esa opción resultaba preocupante.

¿Y si no conseguía andar lo bastante bien como para buscar ayuda?

Sonrió con sequedad. Con lo competente que era siempre Elizabeth, seguro que podía construir una camilla con ramas y arrastrarlo fuera del bosque. Ese fue su último pensamiento antes de quedarse dormido por fin.

Despertó al amanecer, completamente desorientado por un momento. Respiró hondo y lo recordó todo. El accidente… Elizabeth… el bosque. Abrió los ojos y descubrió que sus cuerpos se habían buscado durante la noche.

El rostro de ella estaba vuelto hacia él, que aprovechó para examinarlo a conciencia.

Entendía bien por qué se había enamorado, Richard de ella. Era preciosa, con pestañas espesas y labios gruesos e invitadores que invitaban a besar.

Su piel tenía el color del melocotón. Ansiaba acariciarle la mejilla y tocar su labio inferior. La deseaba. La había deseado durante años y se avergonzaba de ese deseo.

Era la mujer de Richard. Su esposa.

La separó de sí y se incorporó. La mujer se movió con un gemido y luego se sentó a su vez y se apartó el pelo de la cara.

—¡Oh, Dios mío! Siento como si me hubieran dado una paliza esta noche —dijo, desperezándose.

Talbot frunció el ceño. Siguió la mirada de ella y vio su expresión de horror al contemplar los restos del avión esparcidos por el suelo del bosque. La joven se estremeció.

—Es difícil creer que hayamos salido con vida, ¿verdad? —preguntó él.

Elizabeth asintió y se volvió a mirarlo.

—¿Qué tal la rodilla?

—Se pondrá bien —repuso él, extrañamente conmovido por su pregunta.

—Mejor, porque si no viene nadie, tendremos que salir de aquí andando.

El hombre frunció el ceño con irritación. Tenía que haber sospechado que sólo se interesaba por su rodilla porque no quería que los retrasara.

—No nos apresuremos. Acaba de amanecer. Estaremos al lado del avión un par de horas por lo menos.

Adivinó que a ella no le gustaba la idea, que prefería moverse ya. Y, por su ceño fruncido, supuso que estaba pensando en Richard y Andrew.

—Seguramente habrán vuelto a tu apartamento —dijo, luchando por ponerse en pie—. Seguro que cuando Richard vio que no llegabas anoche a Twin Oaks, regresó a Kansas City —intentó apoyar peso en la rodilla, pero esta protestó. Se agarró a un árbol.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó ella, con ojos brillantes.

A pesar de que tenía la ropa y el pelo sucio, estaba muy guapa. Talbot deseó tomarla en sus brazos y borrar sus preocupaciones a besos. Sintió irritación contra sí mismo.

—Richard puede ser muchas cosas, pero siempre ha sido buen padre —dijo con un tono de voz que a él mismo le sonaba excesivamente duro.

La mujer lo miró sorprendida.

—Supongo que tienes hambre —dijo—. Richard siempre se pone irritante cuando tiene hambre.

Talbot la miró un instante.

—Tengo hambre —asintió—. Quizá puedas salir a recolectar por el bosque y buscar un buen desayuno de bayas y raíces.

La mujer ignoró su sarcasmo y miró lo que quedaba del avión.

—Si pudiera encontrar mi maletín, en él hay una bolsa de patatas y una manzana.

La rabia que él tanto necesitaba sentir lo abandonó por completo.

—¿Crees que mi maletín sigue ahí? —insistió ella.

—Lo dudo. Puede estar en cualquier lugar entre esto y el primer sitio en el que chocamos con los árboles. Pero podemos echar un vistazo a ver qué encontramos.

La mujer asintió y echó a andar a paso rápido. Talbot la siguió despacio, esforzándose por ignorar el dolor que envolvía su rodilla a cada paso. Prefería sufrir a permitir que ella viera su debilidad.

No habían andado mucho cuando ella se volvió. Dejó de andar y

puso los brazos en jarras.

—¡Siéntate! —ordenó.

—Estoy bien —protestó él.

—Sí, claro. Por eso sudas tanto —se acercó a él y se colocó bajo su brazo—. No quiero que me culpes de quedarte cojo para siempre por buscar mi maletín —dijo al tiempo que lo guiaba hacia un árbol.

El hombre se sentó de mala gana, consciente de que era inútil fingir que no le dolía.

—Quizá si me siento un rato más…

—Soy muy capaz de buscar comida sola.

Se alejó una vez más y Talbot la observó, mirando de mala gana la longitud de sus bien formadas piernas y la oscilación de sus caderas. No le sorprendía que afrontara tan bien la situación. Siempre había sido el tipo de mujer llena de confianza en sí misma que intimida a los hombres. Aunque a él no lo intimidaba.

Se frotó la rodilla, consciente de que no le dolía cuando no la usaba. Por desgracia, no tenía ninguna duda de que antes o después habría de salir andando de allí.

Levantó la vista y vio a Elizabeth, que se acerca triunfante con un maletín en la mano.

—¡Lo encontré! —anunció al sentarse a su lado—. He buscado tu móvil, pero no lo he visto.

Colocó el maletín en su regazo y lo abrió. Talbot olió enseguida el aroma a fresas que emanaba del interior.

Lo primero que vio en el maletín fue un par de bragas de encaje rojo y de inmediato se imaginó a la mujer ataviada sólo con ellas. Sintió una ola de calor e intentó alejar la imagen de su mente.

Elizabeth escondió rápidamente las bragas debajo de otra ropa, sacó una bolsa de plástico cerrada con cremallera y dejó caer la tapa del maletín.

—No sé tú, pero a mí una manzana con patatas fritas me parece un desayuno fantástico —dijo, levemente ruborizada—. Estoy muerta de hambre.

Talbot también sentía hambre, pero no de comida. Era un hambre que había padecido mucho tiempo, un hambre que lo llenaba de rabia y vergüenza.

La vio abrir la bolsa y separar las patatas en dos montones.

—Espero que el equipo de rescate traiga agua —dijo—. Tengo la impresión de que después de comer las patatas vamos a tener sed.

Talbot sabía que había llegado el momento de decir la verdad. No le gustaba nada, pero…

—Ah, sobre el equipo de rescate…

La mujer lo miró con una patata a medio camino de la boca.

—¿Sí?

—No creo que venga nadie.

—¿Por qué no? ¿No envían uno siempre que desaparece un avión? ¿El aeropuerto en el que teníamos que aterrizar no habrá avisado de que no llegamos?

—No iba a un aeropuerto, sino al aeródromo de un amigo, y volaba bajo las normas de vuelo visual, sin el control ni la supervisión de nadie.

—Ah, ¿por qué no me sorprende eso? —preguntó ella, con sequedad.

Le pasó su parte de patatas fritas.

—Más vale que comas. Vas a necesitar todas tus fuerzas para ayudarme a sacarte de este bosque.

Mientras terminaba la manzana y patatas, Elizabeth se sentía presa de emociones contradictorias. Estaba furiosa con él por no presentar un plan de vuelo, por no tomar precauciones. Era muy propio de él asumir que podía controlarlo todo solo.

Pero sabía que la rabia podía comerse mucha energía y la necesitaba toda para salir de allí.

—¿Estás listo? —preguntó cuando terminaron de comer.

—Estás enfadada conmigo —Talbot luchó por incorporarse.

—No digas tonterías. ¿Qué te hace pensar eso?

—Tienes un tic en el párpado derecho. Y lo he visto otras veces cuando te enfadas.

Elizabeth se llevó una mano al párpado.

—Vale, estoy algo irritada —confesó.

—¿Y tú nunca gritas o tiras cosas cuando te enfadas? —preguntó él, con tono también de irritación.

—¿Para qué? —cerró el maletín y se incorporó a su vez—. Eso nunca soluciona nada. Aprendí muy pronto en la vida que los desahogos sólo te traen problemas. Además, mira quién habla. Nunca te he visto perder el control. De hecho, eso es algo que

siempre me ha molestado de ti.

—No empecemos a hacer listas de las cosas que nos molestan del otro. Sería demasiado larga y tenemos que salir de aquí —dijo un paso y su rostro se contrajo de dolor.

Elizabeth se colocó una vez más bajo su brazo y le permitió apoyarse en ella lo suficiente para retirar parte del peso de la rodilla. De inmediato sintió el calor del cuerpo de él, una sensación extrañamente íntima que le puso los nervios de punta.

—¿Por dónde vamos? —preguntó.

El hombre frunció el ceño y señaló en dirección al avión roto.

—Creo que por ahí.

—¿Estás seguro?

—No, pero es la mejor opción.

—Vale —replicó ella.

Echaron a andar, con ella soportando su peso todo lo posible. Avanzaban lentamente, y ninguno hizo ningún esfuerzo por hablar.

Los árboles estaban muy juntos y había mucha broza bajo ellos. Las ardillas saltaban de un árbol a otro, chillando su enfado a los intrusos.

Elizabeth intentó centrarse en lo que la rodeaba, pero la proximidad de Talbot resultaba abrumadora. Sus cuerpos se tocaban, y no le sorprendía la fuerza que emanaba del de él.

Siempre había admirado sus hombros anchos, sus caderas esbeltas y su estómago sin un gramo de grasa. Se preguntó cómo sería estar abrazada a él en un momento de deseo.

Tropezó con una enredadera y dio un respingo cuando Talbot la sujetó contra su pecho.

—¿Estás bien?

La mujer se apartó enseguida.

—Sí —respiró hondo—. ¿Por qué no descansamos un poco?

—Me parece bien.

Se sentaron frente a frente en el suelo.

—¿Qué tal la rodilla? —preguntó ella. Necesitaba hablar para apartar de su mente la sensación del pecho de él contra el suyo.

—Duele —confesó Talbot.

Elizabeth frunció el ceño.

—Espero que no te la lesiones aún más andando.

—No tengo elección —se pasó una mano por el pelo—. Siento

todo esto.

La mujer lo miró sorprendida, esperando un comentario cortante o un deje de sarcasmo. Pero los ojos de él mostraban arrepentimiento sincero.

—No tienes por qué disculparte —subió las rodillas hacia su pecho y las rodeó con los brazos—. No estrellaste el avión a propósito, ¿verdad?

—No, pero pienso tener una conversación muy seria con mi mecánico.

—Háblame de Twin Oaks. ¿Por qué quería Richard llevarse a Andrew allí? ¿Por qué quería que fuera yo también?

Talbot se apoyó en un árbol y extendió las piernas ante él.

—Ya te he dicho que la última semana se ha mostrado bastante introvertido, y cuando hablaba, era de Twin Oaks. Fue el lugar de nuestra infancia, una época de nuestra vida en la que todo parecía maravilloso.

Elizabeth se inclinó hacia adelante, cautivada por sus palabras, por la idea de una infancia «maravillosa» cuando la suya había sido tan horrible.

—Háblame de ella —musitó.

Los rasgos de él se relajaron y una sonrisa entreabrió sus labios.

—Twin Oaks es tan pequeño que ni siquiera aparece en los mapas. Vivimos allí hasta que nos mudamos a Morning View, en Kansas. Eso fue un año antes de la muerte de nuestros padres. Twin Oaks es uno de esos pueblos donde todo el mundo se conoce y hay muchas cenas y reuniones conjuntas.

—Parece encantador —y el calor que emanaba de su sonrisa resultaba aún más encantador.

—Lo era. Lo recuerdo como la única época de mi vida en que no tenía problemas y mi mayor responsabilidad era ir a la escuela —su sonrisa se amplió y una chispa de humor iluminó sus ojos—. Y mi mayor preocupación era si mi madre iba a hacer uno de sus terribles asados sorpresa para cenar.

Elizabeth lo miró pensativa, comprendiendo por primera vez la carga que la muerte de sus padres había echado sobre sus hombros.

—Debió ser muy duro para ti encontrarse responsable de un chico de catorce años a los veintiuno.

Talbot se encogió de hombros. Había dejado de sonreír.

—No había otra opción. O me hacía responsable de Richard o dejaba que el estado se ocupara de él. Es mi hermano y no podía consentir que ocurriera eso.

Se puso en pie.

—Tenemos que seguir —dijo; y sus palabras cerraban firmemente la puerta a cualquier discusión futura de su pasado.

Pero mientras seguían andando, Elizabeth no podía dejar de pensar en la responsabilidad que había asumido Talbot a los veintiún años.

A una edad a la que la mayoría de los chicos se dedican a salir con chicas, Talbot tomó las riendas de la compañía familiar y se convirtió en padre de su hermano menor. Sintió un respeto repentino por él.

—¿Seguro que no andamos en círculos? —preguntó cuando pararon de nuevo a descansar una hora después.

—He estado observando el sol y estoy bastante seguro de que no —se frotó la rodilla, pensativo—, pero me sorprende que no hayamos visto a nadie, aunque fuera un grupo de campistas.

Elizabeth lo miró.

—Volveremos a pasar la noche aquí, ¿verdad?

—Es posible —el hombre frunció el ceño y se pasó una mano por el pelo—. Pronto oscurecerá y no quiero que andemos de noche.

Elizabeth combatió la sensación de incomodidad que siempre la invadía cuando pensaba en la oscuridad.

—Estoy muerta de hambre —dijo, buscando cambiar de tema.

—Sí, yo también. Me encantaría un bistec jugoso, poco hecho, y una patata asada con nata agria —la miró con un toque de humor —. Y supongo que tu comida ideal sería una hoja de lechuga con alguna salsa.

—De eso nada —replicó ella—. Mi comida ideal sería una hamburguesa doble con queso, patatas fritas y el batido de chocolate más grande del mundo —se quitó una hoja seca del pelo —. ¿Se puede saber por qué piensas que me interesa la comida para conejos?

—Porque cuando Richard y tú veníais a cenar a mi casa, nunca comías mucho.

Elizabeth recordaba bien aquellas noches, cuando Richard y ella estaban recién casados y Talbot requería su presencia para cenar.

¡Cómo odiaba aquellas reuniones familiares!

—Estaba demasiado nerviosa para comer —confesó.

El hombre la miró con sorpresa.

—¿Nerviosa? A mí siempre me parecías con el control de todo.

—Soy buena actriz —repuso ella—. Por dentro estaba muy nerviosa y sabía que, si intentaba comer, vomitaría —sonrió—. ¿Te acuerdas de la hamburguesería que había en tu calle? Siempre le pedía a Richard que parara allí de vuelta a casa y comprara hamburguesa y patatas fritas.

—¿Y por qué estabas nerviosa? —preguntó él.

La mujer vaciló un momento. No podía decirle que era él, con sus ojos oscuros y rasgos esculturales, el que la ponía nerviosa. Que se debía a que era muy consciente de él, no como cuñado, sino como un hombre viril cuyos ojos siempre la miraban con disgusto.

—Tú —contestó al fin. Vio la expresión confusa de él—. Oh, vamos. Sabía cuánto me odiabas. Sabía que pensabas que me había quedado embarazada a propósito para atrapar a Richard.

—¿Por qué te casaste con él?

—No fue sólo porque estuviera embarazada —repuso ella, a la defensiva—. Y desde luego, no porque buscara la fortuna de los McCarthy —levantó al barbilla—. Tenía diecisiete años y creía amar a Richard.

—Richard y tú erais demasiado jóvenes para saber nada del amor.

—Intenta decirles eso a dos adolescentes cargados de hormonas —repuso ella con sequedad. Frunció el ceño—. Deseaba desesperadamente pertenecer a algún sitio. Richard era guapo, divertido y parecía buscar lo mismo que yo. Quería creer que podíamos construir juntos una familia.

Necesitaba que Talbot la entendiera. Tendió una mano y le tocó el brazo.

—¿Tú nunca has sentido pasión por nada ni nadie?

—En este momento deseo apasionadamente salir de aquí —se puso en pie—. Más vale que nos movamos mientras queda algo de luz.

Elizabeth se incorporó a su vez. Había deseado hacerle entender las fuerzas que la habían empujado hacia Richard, y también, las que los habían separado. Pero era evidente que a él no le importaba

nada conocerlas.

Miró su espalda amplia y se dio cuenta de que no había contestado a su pregunta. Seguramente nunca había sentido pasión por nadie. Siempre le había parecido un hombre que nunca comprendería la pasión, o el amor… o la necesidad.

Siempre parecía fuerte en su aislamiento, contento con su soledad. Y ella no entendía por qué esa idea provocaba un dolor extraño en su interior.

Capítulo 3

EN SU VIDA de adulto, sólo una cosa había inspirado pasión a Talbot. Y para vergüenza suya, había sido la mujer de su hermano. La deseaba y sabía que nunca podría satisfacer ese deseo.

Pero saberlo no aflojaba la tensión que se iba acumulando en su interior. Y sentía que, si no salían pronto de aquel bosque y se alejaba de ella, acabaría por explotar. Y las consecuencias de esa explosión podían ser terribles para su hermano.

Desde que ella abrió el maletín y vio sus bragas rojas, no había dejado de imaginarla ataviada con aquella prenda y nada más.

Pero le preocupaba más la vulnerabilidad que había visto por primera vez en ella.

Había visto su suavidad cuando hablaba de querer pertenecer a algún sitio, y no quería pensar en ella como en una mujer suave y quizá necesitada.

Anduvieron hasta que se puso el sol y empezó a oscurecer.

—Más vale que paremos aquí —dijo al fin, de mala gana.

Elizabeth se dejó caer al suelo con un suspiro de cansancio.

—Tengo la impresión de que estamos en un cuento de hadas demente y podemos pasarnos la vida en este bosque y no encontrar jamás la salida.

Talbot se acomodó a su lado.

—Lo siento. No te imaginas cuánto lo siento.

La oscuridad ocultaba sus rasgos ya casi por completo.

—Es la segunda vez que te disculpas y ya te he dicho que no es necesario. No te culpo a ti. Sólo echo de menos a Andrew y espero que no esté muy preocupado.

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas y Talbot vio que le

temblaba el labio inferior. Comprendió, anonadado, que se hallaba al borde de las lágrimas.

Pero no era posible. Su mente rechazaba la idea de que Elizabeth pudiera llorar. La había visto sacar a Richard de la cárcel bajo fianza sin derramar una lágrima. La había visto ponerse de parto en un momento en el que Richard estaba jugando al baloncesto con sus amigos y no podían localizarlo, y no derramó ni una lágrima.

El brillo de su llanto lo afectó profundamente. Observó impotente las lágrimas rodar por sus mejillas.

—Seguro que Andrew sabe que estás bien —dijo—. Richard y él estarán ya en tu casa jugando a la videoconsola y pasándolo de maravilla. Y si conozco a esos dos, seguro que se divierten demasiado juntos para preocuparse de nosotros.

—¿Lo crees de verdad? —una luz de esperanza brilló en los ojos de ella.

—Estoy seguro —repuso él, con firmeza—. Habrán pedido una pizza y, si se molestan en pensar en nosotros, se preguntarán si nos habrán secuestrado unos alienígenas.

Vio con alivio que las lágrimas desaparecían de sus ojos.

—Tienes razón —dijo ella.

Como la noche anterior, un tronco de árbol grande les sirvió de apoyo. Y como la noche anterior, las sombras desaparecieron para dar paso a una oscuridad completa y Elizabeth se acercó a Talbot.

Éste apoyó la cabeza en el árbol y cerró los ojos, preguntándose qué había hecho en su vida para merecer aquella situación.

Aunque Richard y ella ya no estaban casados, sabía que era imposible mantener una relación con Elizabeth. Que no estaría bien.

Además, por lo que él sabía, Richard podía estar intentando recuperarla. Y Talbot jamás se entrometería en el camino de una familia.

Como siempre que pensaba en Richard, sentía una mezcla de emociones. El cariño y el ansia de protección se mezclaban con la preocupación y la vaga sensación de que no había hecho lo suficiente para convertir a su hermano en un hombre maduro y bien adaptado.

—¿Quieres saber por qué tengo miedo a la oscuridad? —

preguntó ella de pronto.

Quería decirle que no, que no quería penetrar en lugares secretos de su alma. Pero no pudo evitar la curiosidad.

—Vale. ¿Por qué?

—Cuando tenía cinco años, mis padres salieron y me dejaron con una canguro. Esa noche, mientras yo dormía, murieron los dos en un accidente de coche.

Hizo una pausa para respirar hondo.

—Me despertó un desconocido que me sacó de mi cama y me llevó a un centro de acogida. Cuando me desperté de nuevo a la mañana siguiente, todo lo que conocía y quería había desaparecido. Y creo que aquella noche, la oscuridad y la pérdida quedaron unidas en mi mente.

Talbot no pudo evitar sentirse conmovido. Conocía la sensación de estar tumbado en la oscuridad de la noche y tener miedo de lo que pudiera traer la mañana. Pero cuando murieron sus padres, él era lo suficientemente mayor como para conservar su casa, sus pertenencias y su identidad. Y ella no.

Incapaz de contenerse, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo con firmeza hacia sí. Ella apretó el rostro contra la parte delantera de su camisa y adivinó que tenía los ojos cerrados con fuerza contra la oscuridad.

—Esta noche estás segura —musitó—. Duérmete y mañana saldremos de aquí.

Encontraron el motel después de andar una hora. Elizabeth sintió deseos de tirarse al suelo y llorar de agradecimiento. Estaba agotada y hambrienta y tenía la impresión de que jamás volvería a estar limpia.

Se dejó caer en un banco en la puerta mientras Talbot entraba en la recepción a pedir habitaciones. Se había mostrado muy callado aquella mañana, y rehusado dejarse arrastrar a ninguna conversación. Y Elizabeth dejó de intentarlo después de un rato y decidió que estaba tan cansada de él como él de ella.

El sol de la mañana le calentaba el rostro; echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, esforzándose por no pensar en los brazos de Talbot.

Se había despertado antes que él, y la sorprendió encontrarse abrazada a él con brazos y piernas. Permaneció un rato así,

disfrutando del placer táctil del cuerpo dormido de él.

Hacía mucho tiempo que no despertaba en brazos de un hombre. Richard y ella habían dejado de abrazarse mucho antes de su divorcio, un año atrás.

El corazón de Talbot latía con fuerza contra el suyo, y ella cerró un momento los ojos y consiguió imaginar que se hallaban en una cama limpia, con sábanas de seda y acababan de hacer el amor de modo exquisito.

Talbot salió de la oficina y ella dio un salto, ruborizada por sus pensamientos.

—Tú estás en la habitación 104 y yo en la 110 —dijo él, tendiéndole una llave—. Nos ducharemos, comeremos algo y pensaremos cómo vamos a volver a Kansas City. Cuando termines de arreglarte, ven a mi habitación y allí planeamos los próximos pasos.

La mujer asintió y se separaron. En cuanto ella entró en su pequeña habitación y vio el teléfono en la mesilla, se lanzó sobre él y marcó el número de su casa.

—¿Diga?

—Al oír la voz de su hijo, apretó con fuerza el auricular.

—Soy mamá.

—¿Dónde estás? Papá y yo estamos muy preocupados. Te esperamos siglos en Twin Oak y al ver que no aparecías volvimos a casa.

—Es una larga historia, cariño, pero llegaré a casa antes de la noche —le daba igual si tenía que volver en autostop, pero no estaba dispuesta a pasar otra noche lejos de su hijo—. ¿Estás bien? ¿Papá te cuida bien?

—Sí, mamá, estamos bien. Vi dónde vivió papá de pequeño y la charca en la que se bañaban el tío Talbot y él y muchas cosas más. ¿Dónde estás tú?

—Te lo explicaré cuando llegue. ¿Puedes pasarme a papá?

—Sí, espera.

Hubo un momento de silencio y luego llegó la voz de Richard.

—¿Estás bien? ¿Talbot está contigo? Estábamos muy preocupados.

—Estamos bien los dos. Te lo explicaré todo esta noche. Esperadnos ahí, Richard. No os vayáis a ninguna parte.

—¿Pero dónde estáis?

La mujer le explicó brevemente lo ocurrido.

—Es culpa mía —dijo Richard, cuando terminó—. Estás furiosa conmigo, ¿verdad?

—No. Tú no podías saber que se estrellaría el avión.

—No, pero estás furiosa por llevarme a Andrew sin avisarte.

La mujer suspiró con cansancio.

—Ya hablaremos de eso. Ahora no tengo energía. Volveremos antes de la noche.

Colgó el teléfono y se metió en la ducha, aliviada de que su hijo estuviera bien.

Se enjabonó el pelo dos veces y lo aclaró a conciencia, pero siguió todavía bajo el agua, disfrutando de su calor sensual. Imaginó los dedos de Talbot tocando su cuerpo, provocando llamaradas de deseo en él…

El jabón le resbaló de las manos y golpeó el suelo de la bañera. ¿En qué demonios estaba pensando? Al parecer, el tiempo en los bosques le había afectado el cerebro.

Cerró los grifos y buscó una de las toallas. No quería pensar en Talbot.

Se secó con brusquedad, pero no consiguió olvidar la imagen de su ex cuñado.

Había dormido en sus brazos la noche anterior y lo había hecho sin sueños ni miedos, confortada por su fuerza.

Siempre había sabido que sentía una fuerte atracción física por él, pero esa atracción se había visto anulada en cierto modo por el hecho de ser su cuñada.

Ahora era difícil olvidar que había dormido en sus brazos, descubierto matices de su personalidad que antes ignoraba y descubierto cierta vulnerabilidad en él.

Se vistió con rapidez, dando gracias en su interior por los pantalones y la camiseta limpios que llevaba en el maletín.

Cuando se hubo secado el pelo y pintado los labios, se sentía de nuevo con el control de la situación; sólo quería comer algo y volver lo antes posible a Kansas City y a su hijo.

Tomó su maletín y salió del cuarto en busca de la habitación 110. Llamó con fuerza a la puerta, y esta se abrió.

Era evidente que Talbot acababa de salir de la ducha. Llevaba

unos téjanos nuevos, y su pecho desnudo mostraba sus músculos y una cantidad respetable de vello moreno rizado.

Tenía el pelo echado hacia atrás y la mitad del rostro cubierto de espuma de afeitar. Le hizo señas de que entrara y volvió al cuarto de baño.

—Siéntate. Salgo en un momento.

Elizabeth sintió que no podía respirar hasta que se cerró la puerta del cuarto de baño y se quedó sola. Cada molécula de la habitación olía a él, un aroma masculino que alteraba sus sentidos.

Se sentó en un rincón del cuarto. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué no podía dejar de pensar en aquel hombre? Era su ex cuñado, un hombre que se había mostrado frío y distante durante todo su matrimonio.

Respiró aliviada cuando lo vio salir ataviado con una camiseta nueva.

—¿De dónde has sacado la ropa? —preguntó.

—El dueño del motel ha enviado a su hijo a comprarla. Ahora está alquilando un coche y llegará en cualquier momento con la comida.

La mujer movió la cabeza con admiración.

—Veo que eres muy eficiente.

Talbot sonrió.

—Fuera del bosque no tengo problemas. En la civilización el dinero lo mueve todo.

Llamaron a la puerta y, al abrirla, apareció un joven con una bolsa de papel en la mano y dos cajas de las que emanaba un olor fantástico.

Talbot le dio las gracias y dejó todo en una mesita baja. Abrió primero la bolsa y sacó una limonada y un batido de chocolate, que pasó a la joven. Cuando abrió una de las cajas y ella vio la hamburguesa de queso y las patatas fritas, sintió deseos de llorar. No porque tuviera hambre, sino porque él había recordado lo que dijera cuando estaban perdidos.

Se preguntó hasta qué punto lo habría juzgado mal en el pasado. Siempre le había parecido un hombre frío que aumentaba los problemas de Richard al ampararlo una y otra vez sin dejar nunca que llegara a estrellarse. ¿Se había equivocado con él?

—Gracias —sonrió—. ¿Qué tal la pierna?

—Mejor. La ducha caliente ha ayudado mucho. Seguro que se pondrá bien. ¿Y la cabeza?

—Muy bien. He llamado a casa. Richard y Andrew están allí —se metió una patata en la boca.

—Ya te dije que estarían.

—Y Andrew dice que Richard le enseñó muchas cosas en Twin Óaks. Ha dicho algo de una charca para nadar.

Una sonrisa iluminó el rostro de él.

—Era un estanque. El estanque de Walter North —hizo una pausa para morder y masticar su hamburguesa—. Era el más grande de la zona y los días de calor, la mitad de los niños del pueblo íbamos allí, para consternación de Alter.

—¿No le gustaba que nadarais en su estanque?

—Siempre que nos pillaba, nos perseguía con una escopeta. Pero era un juego para todos.

—¿Un juego?

—Nunca nos perseguía en mitad de la tarde. Siempre esperaba al atardecer para salir de su casa y fingir que acababa de vemos.

Tomó un trago de limonada y soltó una carcajada.

—Resultaba muy gracioso. Walter era tan delgado como su escopeta. La movía en el aire y todos salíamos del agua gritando.

Elizabeth se inclinó hacia adelante, como si la proximidad pudiera ayudarla a sentir el calor de sus recuerdos. Nunca había considerado a Talbot un hombre cálido, pero su sonrisa y la chispa de humor que iluminaba sus ojos gris oscuro provocaban oleadas de calor en el cuerpo de ella.

—Creo que era un juego para Walter tanto como para nosotros. Nunca nos perseguía mucho rato, y apostaría algo a que la escopeta no estaba cargada. Richard era el más pequeño y no podía correr mucho, así que se lanzaba encima de mí y yo corría con él colgado a la espalda y gritándome al oído.

Dejó de sonreír y frunció el ceño.

—Y basta de charlas. Tenemos que comer y ponernos en camino.

Comieron en silencio y una hora después se hallaban ya en el coche de alquiler de camino a Kansas City.

Elizabeth intentó concentrarse en el paisaje que atravesaban, pero sus pensamientos seguían fijos en Talbot y el tiempo pasado juntos.

Lo miró de soslayo y captó el poder y la fuerza que emanaban de él. Siempre había sabido que era un hombre cómodo consigo mismo, un hombre que no parecía necesitar a nadie.

Y ella se había enorgullecido a menudo también de lo mismo. Una vez creyó necesitar a Richard, pero luego había descubierto que la gente a la que crees necesitar siempre te decepciona.

Volvió de nuevo la vista a la ventanilla. No necesitaba a nadie, y menos a Talbot McCarthy su ex cuñado. Pero no podía negar que lo deseaba.

Capítulo 4

TALBOT se esforzaba por concentrarse en la carretera, pero le resultaba difícil, con la luz del sol arrancando destellos al cabello de Elizabeth y con el recuerdo del cuerpo de ella apretado contra él suyo todavía vivo en su mente.

¿Se habría puesto las bragas rojas de encaje? Podía imaginarlas fácilmente sobre la piel bronceada.

Apretó el volante con fuerza y pisó el acelerador, impaciente por llegar y olvidar toda aquella experiencia.

Dejaría a Elizabeth en su piso y se dirigiría a la casa familiar de Morning View, en Kansas. Una vez en su casa, rodeado de sus cosas y ocupado con la dirección de las Industrias McCarthy, no tardaría en olvidar aquellos tres días con su ex cuñada.

Volvió a mirarla. Estaba muy hermosa con aquellos rasgos finos y su exuberante cabello. Parecía delicada, pero Talbot sabía que su apariencia física podía resultar engañosa. Emocionalmente era la mujer más fuerte que había conocido.

—¿Por qué te quedaste tanto tiempo con Richard? Debiste darte cuenta enseguida de que las cosas no funcionarían entre vosotros.

La mujer frunció el ceño.

—Era joven y esperaba un hijo suyo. Al principio pensé que cambiaría, que maduraría. Que llegaría un momento en el que yo le importaría más que sus amigos y pensaría en el futuro en lugar de vivir el momento —hizo una pausa—. Sabía desde el principio que no iba a ser fácil, porque los dos éramos muy jóvenes, pero deseaba desesperadamente que saliera bien.

—Pero te quedaste nueve años.

La mujer miró por el parabrisas y tardó un rato en contestar.

—Lo intenté, Talbot. No dejaba de pensar que llegaría un momento en el que tendría un marido y un hijo en lugar de dos hijos. Pero nunca llegó.

—Yo siempre he admirado tu fuerza.

Sus ojos se encontraron y él leyó sorpresa en los de ella; sorpresa y un asomo de gratitud.

La mujer soltó una carcajada y el sonido profundo de su risa llenó el interior del coche. Talbot comprendió que la había oído reír muy pocas veces.

—No sé si es fuerza o estupidez y terquedad —se puso seria y frunció el ceño—. Talbot, el otro día te dije que crecí en familias de acogida. Estuve en casas fantásticas y en otras no tanto, pero nunca tuve sensación de permanencia ni de familia.

Se pasó una mano por el pelo.

—Cuando me quedé embarazada, me juré que mi hijo tendría la familia que yo no había tenido: madre, padre, y quizá hermanos. La muerte de ese sueño ha sido lo más difícil que he tenido que afrontar en mi vida.

Talbot asintió y dirigió su atención a la carretera. Se preguntó qué pensaría ella. ¿Quería todavía a Richard? ¿Lamentaba haberlo dejado? ¿Aceptaría una reconciliación si se la proponía? ¿Le daría otra oportunidad?

Por su parte, él quería que el ceño fruncido desapareciera de su frente. Deseaba oírla reír, ver brillar sus ojos. Trató de buscar un modo de aligerar la conversación.

—No todo fue malo —se le adelantó ella con una sonrisa—. ¿Recuerdas el picnic que hicimos en el tercer cumpleaños de Andrew?

Talbot sonrió también. Había sido un día mágico. Un hermoso día de primavera lleno ya con la promesa del verano. La comida fue deliciosa, Andrew estuvo encantador, y Richard interpretó de maravilla el papel de esposo y padre.

—¿Cómo se llamaba la mujer que vino contigo? —preguntó ella, con malicia—. ¿Canela? ¿Azúcar?

—Cielo —repuso él, aunque sabía que seguramente ella recordaba el nombre perfectamente. Se echó a reír y movió la cabeza.

—Era muy guapa.

—Sí, lo era.
La sonrisa de Elizabeth se hizo más maliciosa.
—Y muy innovadora en la moda de picnic. ¿A quién más se le habría ocurrido llevar tacones altos, minifalda y un corpiño al cumpleaños de un niño de tres años?
—Es la única mujer que conozco que haría una cosa así.
Se rieron juntos.
—Siempre que se inclinaba a mirar la tarta, tenía miedo de que se le saliera el pecho —continuó Elizabeth.
Talbot volvió a reír.
—No sé qué fue peor, si lo de inclinarse a ver la tarta o intentar jugar al Frisbee con aquellos tacones.
—Puede que no fuera muy inteligente, pero seguro que tenía buen corazón —la defendió Elizabeth.
—Nada de eso —protestó él—. No le gustaban los niños, los animales le parecían sucios y
Creía que había que darle un premio Nobel a Coco Chanel por inventar una ropa que podían llevar las mujeres con pecho.
—Pero fue una fiesta estupenda, ¿verdad? ¿Saliste mucho con ella después de aquel día?
—Aquella fue mi primera y última cita con ella. Me gustaba hasta que abría la boca, pero, por desgracia, le gustaba mucho hablar.
Elizabeth volvió a reír. Luego se puso seria y lo miró.
—¿Por qué no te has casado, Talbot?
—No lo sé. He estado muy ocupado con el negocio y no he tenido mucho tiempo para el amor. Además, creo que seguramente estaré mejor solo.
—Nadie está mejor solo —protestó ella, con suavidad.
El hombre la miró.
—¿Y tú? ¿Por qué no has vuelto a casarte?
Elizabeth soltó una risita.
—¿Quién tiene tiempo? Además, yo no estoy sola. Tengo a Andrew. Entre el trabajo y todas las actividades de Andrew, no tengo tiempo para nada.
Talbot volvió a centrarse en la carretera. Habían llegado a las afueras de Kansas City, y el tráfico era mucho más denso.
Deseaba protestar, decirle que un hijo no era lo mismo que un

hombre, pero guardó silencio.

Con las mujeres que había salido en el pasado, siempre había descubierto que la familiaridad conducía al desprecio. Pero con Elizabeth parecía llevar a algo diferente.

El accidente de coche que causó la muerte de sus progenitores mató a su madre en el acto pero su padre permaneció dos días en el hospital antes de morir.

—Prométeme que cuidarás de Richard —le pidió—. No es fuerte como tú.

Y Talbot se lo prometió. Ya antes de aquella tragedia, había momentos en los que se sentía más como padre de Richard que como hermano.

Aparcó delante del bloque de pisos en el que vivía ella y volvió al presente.

—Supongo que la aventura ha terminado —musitó.

—Sí, supongo que sí —repuso ella—. ¿Vas a entrar?

—No. Tengo que ir a casa y tú tienes que hablar con Richard.

Salió del coche y le tendió el maletín; luego la acompañó hacia la puerta.

—Gracias por cuidar de mí —dijo ella.

El hombre sonrió.

—Yo no he cuidado de ti. No me necesitabas para nada.

—Pero es agradable no estar sola… estar con alguien en la oscuridad —el rubor cubrió sus mejillas y él deseó tender la mano y acariciarle la piel.

—Dile a Richard que lo veré en Morning View —se inclinó para darle el beso de rigor en
la mejilla.

No supo bien lo que ocurrió… si apuntó mal o si ella giró al cabeza… pero, de repente, sus labios se encontraron.

No fue más que un mero roce de labios, pero Elizabeth sintió el contacto hasta las puntas de los dedos de los pies. La boca de él, que parecía firme y dura, era suave y sensual y llena de calidez.

Pero antes de que ella tuviera tiempo de corresponder de ningún modo, la soltó, dio media vuelta y se alejó.

Elizabeth se llevó una mano temblorosa a los labios. ¡Talbot McCarthy la había besado! ¿Por qué lo había hecho?

Su coche desapareció de la vista. Miró un momento en su

dirección, intentando comprender lo que acababa de ocurrir.

Llena de confusión, se volvió hacia el edificio. El beso había sido muy inesperado. Y lo que más la confundía era saber que, en su interior, ella deseaba que la besara una y otra vez.

Andrew salió a recibirla a la puerta, lo que apartó cualquier otro pensamiento de su mente. Le dio un abrazo exuberante y la mujer se aferró a él, agradecida de que todo hubiera salido bien.

—Elizabeth, me alegro de verte —Richard se levantó del sofá—. ¿Dónde está Talbot?

—Se ha dio a Morning View —repuso ella—. Ha dicho que te vería allí —miró al hombre con el que se había casado tanto tiempo atrás.

Richard no era tan fuerte o viril como su hermano, pero era un hombre agradablemente guapo, de cálidos ojos marrones que brillaban a menudo de entusiasmo infantil y malicia. Ninguna de las dos cosas estaba presente en ellos en ese momento. Sus ojos mostraban una seriedad que Elizabeth no había visto nunca.

—Papá ha hecho un asado —dijo Andrew—. Con patatas y zanahorias.

—¿En serio? —Elizabeth miró sorprendida a Richard—. No sabía que supieras cocinar.

Su ex marido se encogió de hombros.

—Andrew no puede comer basura siempre que esté conmigo. No es bueno para él.

Elizabeth lo miró con fijeza. El hombre al que había conocido en los últimos diez años **nunca** se **había** preocupado por el efecto de la comida basura en sí mismo o en su hijo.

—Suena muy bien —dijo, dándose cuenta de que volvía a tener hambre.

—Cenamos cuando quieras —dijo él.

—Voy a lavarme y estaré lista.

Entró en el cuarto de baño. Richard había hecho un asado y Talbot la había besado. Ese tenía que ser el día más extraño de su vida.

Cuando terminó de lavarse y salió a la cocina, encontró a Andrew y Richard sentados ya a la mesa.

La conversación durante la cena fue ligera y agradable. Andrew le contó todo lo que había visto en Twin Oaks.

—Y papá dice que a veces se bañaban desnudos.

Elizabeth intentó reprimir la imagen de Talbot saliendo así del agua.

—Eso debía ser en el estanque donde os perseguía el granjero con una escopeta —dijo.

—¿De verdad? —preguntó Andrew, mirando a su padre.

Richard la miró sorprendido.

—¿Te lo ha contado Talbot?

—Cuando te pierdes dos días en un bosque no hay mucho que hacer aparte de hablar —explicó ella.

Andrew le contó que había visto la casa donde vivía su padre de pequeño. Elizabeth sabía que los McCarthy habían vivido en Twin Oaks hasta que Talbot tuvo veinte años y Richard trece. En aquel momento, su padre empezó a ganar mucho dinero con su pequeño negocio de informática, y la familia construyó una mansión de ensueño en Morning View.

Un año después morían los padres, dejando tras de sí un negocio que marchaba viento en popa y dos hijos.

Hasta mucho rato después, cuando habían recogido y Andrew se hubo acostado, no se sentaron a hablar Richard y Elizabeth.

—Estás muy callado —observó ella—. ¿Te ocurre algo?

El hombre removió el café con la cuchara para disolver el azúcar y frunció el ceño.

—Tengo algo que decirte —dejó la cuchara, se inclinó hacia atrás y suspiró.

Una oleada de aprensión se apoderó de Elizabeth. Nunca lo había visto tan sombrío y serio.

—¿Qué ocurre?

E! hombre pareció pensar con cuidado sus palabras.

—Hace dos meses que tengo dolores de cabeza, mareos y visión borrosa. Creí que necesitaba gafas, así que fui a un oftalmólogo, pero no encontró nada raro.

La aprensión de Elizabeth aumentó.

—Me estás asustando —tendió una mano hacia él—. Dímelo francamente. ¿Qué ocurre?

—Tengo un tumor.

—¿Un tumor? —repitió ella, sin reaccionar.

Los dedos de él apretaron los suyos.

—Un tumor cerebral.

Elizabeth no sabía si la mano que temblaba era la de él o la suya. La embargó la emoción, que cubrió su garganta y subió hasta sus ojos. La reprimió, consciente de que Richard tenía que extraer su fuerza de ella.

Siempre había sido así entre ellos. Era ella la que lo mantenía entero.

Tragó saliva con fuerza.

—¿Se lo has dicho a Talbot?

—Aún no. Hablaré con él esta noche.

—Vale —separó su mano de la de él, tragó saliva de nuevo y enderezó los hombros—. Vale, tienes un tumor cerebral. ¿Cuál es el pronóstico?

—Si no hacemos nada… acabará por matarme —se levantó de la silla, dio unos pasos por la estancia y se volvió a mirarla.

Elizabeth leyó miedo en sus ojos y sintió también un miedo propio.

—El médico quiere operar. Dice que está en un lugar donde confía en poder quitarlo todo.

—Entonces tienes que operarte —repuso ella.

—Para ti es fácil decirlo. No es tu cabeza la que van a abrir.

—No parece que tengas otra opción —replicó ella. Se levantó y se acercó a él. Le tomó la mano—. Tienes que hacer lo que te aconseje el médico. Si no lo haces por ti, hazlo por Andrew. Necesita a su padre.

—Sí, como si fuera tan buen padre —musitó él.

—Siempre has sido un buen padre —protestó ella.

El hombre sonrió.

—Soy un buen padre cuando me tomo la molestia de acordarme de que soy padre.

La mujer asintió; tenía un nudo en la garganta.

—Y por eso tienes que operarte.

—Lo sé —se apartó de ella—. Lo haré. He hecho muchas cosas desde que me lo dijeron —sonrió—. No hay nada como un tumor cerebral para hacer que una persona evalúe sus prioridades.

Dejó de sonreír.

—No he pasado suficiente tiempo con Andrew. No le he dicho muchas cosas que quiero que sepa, cosas importantes que sólo

puede decirle un padre. Y de repente siento que no me queda tiempo.

—Te quedan muchos años —dijo ella con fervor.

—A ti no te mentiré. Tengo miedo.

Elizabeth combatió el impulso de abrazarlo. Podía ofrecerle su fuerza, pero sabía que él tendría que encontrar un pozo de fuerza dentro de sí mismo para afrontar lo que se avecinaba.

—Te harán esa operación y te quitarán todo lo malo. Tú enseñarás a Andrew a conducir y le hablarás de las chicas, y estarás presente cuando te haga abuelo.

El hombre asintió. La observó un momento.

—Tengo que pedirte un favor. Quiero que Andrew se quede en Morning View un par de semanas.

Elizabeth empezó a formular una protesta, pero él levantó una mano para acallarla.

—Quiero que tú también vengas. Sé que Andrew no ha estado tanto tiempo a solas conmigo como para sentirse cómodo sin ti. Quiero estar con mi familia antes de hacerme la operación.

—Richard, no creo que sea buena, idea que…

—Por favor, Elizabeth. Significa mucho para mí.

La miró a los ojos y ella nunca se había sentido tan dividida. Quería hacerlo por él, no porque lo amara como ama una mujer a un hombre, pero sí porque era un amigo muy querido. Era el padre de Andrew y quería apoyarlo, estar a su lado.

Y sin embargo… Todavía le ardían los labios por el beso inesperado de Talbot, y la idea de vivir con los dos hermanos le provocaba una gran tensión.

—No me contestes ahora —dijo Richard—. Sé que acabas de pasar un mal trago y que todo esto es muy inesperado. Te llamaré mañana.

Lo acompañó a la puerta, con la mente plagada de emociones de todo lo ocurrido en los tres últimos días.

Cuando se quedó sola, se apoyó en la puerta-y reprimió las lágrimas que pugnaban por salir.

—¿Mamá? —Andrew apareció en el pasillo.

—¿Qué haces despierto todavía? —se apartó de la puerta y lo empujó hacia el dormitorio—. Es tarde y mañana tienes colegio.

El niño se metió en la cama.

—Papá me contó lo de su tumor. Me explicó que va a operarse y le he oí hablar de que quería que nos quedáramos con el tío Talbot y con él antes de la operación. ¿Podemos, mamá?

La miró en silencio, con aquellos ojos tan parecidos a los de su padre. De un marrón suave que irradiaba emociones.

—No lo sé, Andrew. Tú tienes que ir al colegio y yo a trabajar. No podemos irnos un par de semanas así sin más.

—Pero papá está enfermo. Nos necesita.

Eso era cierto. Richard estaba enfermo y necesitaba el apoyo de su familia. Los quería cerca. ¿Y cómo podían negarse? ¿Cómo negarle a su hijo ese tiempo con su padre?

Tendió una mano y acarició el pelo moreno de Andrew. Por fuera era la viva imagen de su padre, aunque a veces mostraba una madurez y fuerza interior que sorprendían a Elizabeth.

—No voy a tomar decisiones esta noche —dijo—. Estoy muy cansada y tengo que pensarlo todo con la mente despejada.

—Vale, pero yo creo que deberíamos ir, mamá.

Elizabeth lo besó en la frente y le dio las buenas noches antes de salir del cuarto. Cuando entró en su dormitorio, se sentía exhausta.

Se desnudó y se puso su camisón rosa de algodón. Apagó la luz y se metió en la cama con ayuda de la luz de noche colocada cerca de su cama.

Era curioso. Muchos niños tenían esas luces. Pero en aquella casa, era la madre la que la necesitaba.

En aquel momento, sin embargo, no era la noche lo que la preocupaba, sino la llegada del día, cuando sabía que tendría que tomar una decisión.

Richard necesitaba a Andrew… y este a ella. Era cierto que el niño no se sentiría cómodo un par de semanas sin ella. Y sabía que, si no consentía en lo que le pedían, su hijo no se lo perdonaría nunca si algo salía mal. Y ella tampoco se lo perdonaría.

Pero había otras consideraciones prácticas. Andrew acababa de empezar cuarto curso, y aunque era un estudiante excelente, no podía ser bueno perder dos semanas de colegio.

Y ella, en su calidad de profesora suplente, podía tomarse libres dos semanas, pero lo notaría en el sueldo. Había muchas cosas a tener en cuenta.

Se colocó boca arriba y miró las sombras del techo. Se tocó los

labios y pensó en el momento en que la boca de Talbot se posó en ellos, provocándole una oleada de calor que llegó hasta la punta de los pies.

Apartó el recuerdo de su mente. No podía pensar en el beso, porque pensar en ello y en Talbot la llenaba de culpabilidad y no sabía por qué.

Cerró los ojos y se adormiló, con miedo a tomar la decisión equivocada y con miedo también a tomar la decisión correcta.

Capítulo 5

UN TUMOR cerebral. Talbot contemplaba los primeros rayos de sol desde la ventana de la cocina. Había sido una noche larga e insomne y tenía una taza de café en las manos.

Richard llegó la noche anterior cuando estaba en su estudio y, cuando le contó lo del tumor cerebral, Talbot sintió que el mundo se abría bajo sus pies.

Sabía que, por muy optimistas que se mostraran los médicos, una operación en el cerebro era siempre peligrosa.

Los dos hermanos habían permanecido levantados mucho tiempo, hablando del diagnóstico, el plan de acción y lo que los esperaba.

Talbot se apartó de la ventana con un suspiro y se sirvió otra taza de café.

Un maldito tumor cerebral.

Y no había nada que él pudiera hacer. Imposible arreglarle aquel problema a su hermano.

Sólo se había sentido indefenso dos veces en su vida. La primera, la horrible noche en el hospital en que sostenía la mano de su padre y no podía impedir que se muriera.

La segunda la noche anterior… en el momento de locura en el que besó a Elizabeth.

Movió la cabeza como si aquel hecho pudiera alejar de su recuerdo el calor dulce de los labios de ella y el aroma de su cuerpo.

Mientras Richard trataba de digerir su diagnóstico y se disponía a luchar por su vida, su hermano deseaba a su ex mujer en los bosques. Aquella idea lo ponía enfermo.

Se volvió al oír unos pasos. Una mujer gruesa de cabello gris entró en la cocina. Sonrió al verlo.

—Talbot. Me alegra que estés en casa.

—Gracias, Rose. Me alegro de estar de vuelta —se sentó a la mesa de roble con la taza de café ante él.

—La casa está demasiado silenciosa sin Richard y sin ti —la mujer sacó un delantal de un cajón—. ¿Huevos revueltos y tostada? —preguntó.

—Me parece bien.

Rose Murphy había trabajado para ellos desde la muerte de sus padres. Era una mujer soltera, que dirigía la mansión de los McCarthy con una eficacia que facilitaba mucho las cosas a Talbot.

A lo largo de los años se había hecho valiosa no sólo como cocinera y ama de llaves, sino también por su capacidad de ofrecer apoyo emocional y consejos.

No tardó mucho en ponerle el desayuno delante. Se sirvió entonces una taza de café y se sentó con él.

—Pareces cansado.

—Lo estoy —confesó él. Mientras comía le habló del accidente del avión y los días pasados en el bosque.

—Debes tener un ángel guardián —musitó ella, cuando terminó —. Podíais haber muerto en el accidente. No quiero ni pensarlo.

—Tuvimos mucha suerte —asintió él. Vaciló un momento—. Y espero que sigamos teniéndola.

—¿Por qué? ¿Piensas volver a estrellarte en avión?

Talbot vaciló un instante, pero optó por contarle lo del tumor de Richard.

Cuando terminó, Rose se limpió los ojos con el dobladillo del delantal.

Como la mayoría de la gente que conocía a Richard, la mujer lo adoraba. A menudo se quejaba de que era irresponsable e inmaduro, pero, a pesar de sus defectos, Richard inspiraba cariño.

—¡Pobre muchacho! —musitó. Se limpió los ojos una vez más y se enderezó en su silla—. Tendremos que hacer lo que podamos para ayudarlo a luchar. Richard no es fuerte, así que tenemos que ayudarlo a serlo.

—Eso es justamente lo que tenemos que hacer —asintió Talbot.

Terminó de comer y salió hacia su estudio. Cerró las puertas

dobles y se sentó ante el escritorio.

Era una habitación enorme, con una pared cubierta completamente de estanterías y grandes cristaleras en la otra. La casa entera había sido el sueño de sus padres, una mansión de seis dormitorios que era una rareza en la pequeña ciudad de Morning View.

El cuartel general de las Industrias McCarthy se hallaba en un edificio grande, situado a veinte minutos de distancia, en Topeka, Kansas. Gracias al teléfono, el fax y el ordenador, Talbot podía llevar a cabo mucho trabajo desde su propia casa.

En ese momento, sin embargo, lo que menos le apetecía era trabajar. Levantó un pisapapeles colocado en la mesa. Era un objeto feo, una esfera de cristal con un billete de dólar dentro.

Su madre lo había encargado para su padre en los primeros días de Industrias McCarthy, cuando el «despacho» estaba situado en la mesa de la cocina y el aire que entraba por las ventanas lanzaba papeles por todas partes.

Talbot pensó en su padre y en la promesa que le había hecho de cuidar de Richard.

Promesa que había hecho todo lo posible por cumplir en los últimos catorce años. Había intentado darle a Richard todo lo que pensaba que sus padres hubieran querido para él. No sólo cosas tangibles, sino también guía, apoyo y consejo.

Cuidó de él en los años rebeldes de la adolescencia, intentó estar a su lado cuando fue padre muy joven. Pero no había nada que pudiera hacer ahora para salvar al hermano que amaba.

Dejó el pisapapeles en la mesa y miró el teléfono. La noche anterior, Richard le había contado sus deseos de pasar tiempo con Andrew antes de la operación. Y también la desgana de Elizabeth ante el plan.

Talbot miró su reloj y comprendió que era demasiado pronto para llamar a nadie. Lo mejor que podía hacer sería trabajar un rato y esperar un momento más apropiado.

Hora y media más tarde, marcó el número de Elizabeth. La joven contestó a la cuarta llamada.

—Hola.

—Soy yo, Elizabeth.

Hubo un momento de silencio.

—Hola.

—Tenemos que hablar.

—¿Te lo ha dicho Richard?

—Anoche.

Otro momento de silencio.

—Supongo que ninguno hemos dormido mucho esta noche —dijo ella, al fin.

—Queremos que Andrew y tú vengáis aquí un par de semanas —no deseaba andarse por las ramas; quería terminar lo antes posible.

La mujer suspiró.

—No sé qué hacer. Quiero hacer lo correcto…

—Todos queremos hacer lo correcto.

—Pero hay distintas cosas a tener en cuenta. El colegio de Andrew y mi trabajo…

—Le pagaré un tutor que le dé clases. Y en cuanto a tu trabajo, ya he organizado que paguen tu alquiler y facturas del próximo mes. Si necesitas fondos adicionales, me encargaré de que los recibas.

—No quiero que hagas eso —protestó ella—. No quiero que me pagues nada.

—Elizabeth, este no es momento de ponerse orgullosa. Sé que puede ser difícil económicamente para ti estar dos semanas sin trabajar, pero esto es más importante que el dinero.

La mujer guardó silencio un rato.

—Tienes razón —suspiró de nuevo—. Iremos, pero no prometo que nos quedemos dos semanas. Supongo que Richard debería operarse lo antes posible, y no creo que deba tardar tanto.

—Eso es cierto —asintió Talbot—. Pero ya sabes lo difícil que es hacerle cambiar de idea una vez que decide algo. ¿Vendréis esta tarde?

—No, iremos mañana. Así tendremos tiempo de organizado todo con calma.

—De acuerdo. Richard estará contento.

Se despidieron y colgaron. Talbot se llevó una mano a la frente, donde empezaba a sentir dolor de cabeza.

Le agradecía que no hubiera mencionado el tiempo que pasaron juntos. Y más aún que no hubiera dicho nada del último beso. Se había mostrado tan fría y controlada como él, y eso era

exactamente lo que tenían que hacer.

Era Richard el que importaba. Su salud, su felicidad… Y era él el que quería pasar tiempo con Elizabeth y Andrew.

La casa era grande y Talbot trabajaba muchas horas. Tal vez se vieran muy poco en las dos semanas siguientes. Y eso era lo que quería.

Se frotó de nuevo la frente, donde el dolor de cabeza aumentaba de intensidad. Sabía que era lo correcto que Elizabeth y Andrew estuvieran allí. Pero también sabía que acababa de invitar a la tentación a meterse en su casa.

Morning View era un pueblo encantador, con una calle principal que recordaba el pasado. Había un salón de helado, un café, una tienda para todo y algunas tiendas más que hablaban de un ritmo de vida más lento y del calor de una comunidad pequeña.

Hacía un año que Elizabeth no iba por allí. Entonces Richard y ella vivían en un piso en las afueras del pueblo y, aunque Andrew pasaba fines de semana con su padre allí, era la primera vez que ella volvía desde el divorcio.

El niño le señaló la heladería desde el coche.

—Papá y yo entramos ahí una vez, pedimos una tarta helada y nos la comimos entera para cenar.

Elizabeth movió la cabeza. Aquello era muy propio de Richard.

—Estaba muy buena, pero por la noche me dolió la tripa —añadió el niño.

—Vaya, me pregunto por qué —dijo la mujer. Andrew le sonrió y volvió a mirar por la ventanilla.

—Me gusta esto —dijo—. Y será genial estar todos juntos en la misma casa.

Elizabeth frunció el ceño. Ella no estaba tan segura de eso.

Cruzaron el pueblo y luego siguieron una carretera durante un kilómetro. Allí, a la derecha, sobre una colina grande, estaba la mansión McCarthy.

La casa blanca de dos pisos con un porche que la rodeaba por completo y columnas enormes, recordaba más a una plantación del sur que a una granja del Medio Oeste. Resultaba imponente y Talbot siempre había encajado bien allí, con su frío desdén y su toque de arrogancia. Señor de la casa y rey de su mundo.

Necesitaba pensar en él como en alguien frío y arrogante. Tenía

que verlo así para poder vivir cerca de él.

Y necesitaba olvidar al Talbot del bosque, el hombre con sentido del humor que la abrazaba durante la oscuridad de la noche. El hombre cuyo beso la había calentado de tal modo por dentro.

Paró el coche, y Richard salió de la casa, irradiando energía y con el rostro iluminado por una gran sonrisa.

—¡Ya estáis aquí! —abrazó a su hijo, que había salido del coche —. Tu cuarto está listo; y tu madre estará en el cuarto de al lado.

—Bien —repuso el niño—. ¿Dónde está el tío Talbot?

—Encerrado en su despacho, como casi siempre —Richard sonrió a Elizabeth—. Bien, venid a instalaros.

Entre los tres consiguieron llevarlo todo en un solo viaje.

Dejaron la maleta de Andrew en su cuarto, y la de Elizabeth en la habitación de al lado. Un cuarto de baño unía las dos estancias.

—El dormitorio de Talbot está pasillo abajo a la izquierda, y el mío a la derecha —le explicó Richard—. Si necesitas algo, sólo tienes que pedirlo.

—De acuerdo —respondió la mujer.

—¿Habéis comido ya? Podemos ir al café del pueblo.

Elizabeth sabía que era el momento de establecer algunas normas. Esos días eran para que Andrew y Richard pasaran tiempo juntos, no para que los tres fueran inseparables. No quería confundir al niño o que empezara a pensar que aquello era el comienzo de una reunión familiar.

Quería a Richard, pero no como una mujer a su marido. Jamás podría volver a casarse con él.

—¿Por qué no te llevas a Andrew? ¿Rose sigue aquí? —el hombre asintió—. Quiero sentarme un rato a charlar con ella.

—De acuerdo —Richard miró a su hijo—. ¿Listo?

—Listo —repuso este.

Los dos se lanzaron escaleras abajo sin mirar atrás.

Elizabeth suspiró aliviada. La aceptación de Richard acallaba sus preocupaciones sobre los motivos por los que la había invitado allí. Y parecía que sí era solo para que Andrew estuviera cómodo.

La habitación que le habían dado era bonita, decorada en tonos pasteles suaves que resultaban relajantes. Se acercó a la ventana y apartó el visillo color melocotón para mirar al exterior.

Desde allí se veían bien los establos y la zona del corral, donde

pastaban varios caballos moviendo la cola.

Una habitación relajante y unas vistas relajantes. ¿Por qué, entonces sentía los nervios tan tensos y el estómago lleno de nudos? No quiso pararse a pensar la respuesta.

Salió del cuarto y fue a la cocina. En cuanto entró, Rose la envolvió en un abrazo.

—Oh, hacía mucho tiempo —declaró—. Déjame verte —miró a Elizabeth a conciencia—. Ah, tan guapa como siempre.

—Yo también te he echado de menos.

—Siéntate —ordenó Rose—. Estaba a punto de prepararme un sándwich de pastel de carne para comer. ¿Quieres otro?

—Me encantaría.

Se sentó a la mesa y observó a la mujer preparar los dos sándwiches. Rose y ella se habían hecho amigas durante su primer año de matrimonio.

Elizabeth, que entonces tenía diecisiete años, sabía poco de cocina y de casas. A menudo llamaba a Rose para pedirle recetas y consejos. Y poco a poco fueron haciéndose amigas.

Pero, como ocurre a menudo en divorcios y cambios, las dos perdieron el contacto cuando se trasladó a Kansas City.

—Pensaba prepararle algo a Talbot, pero se ha ido a Topeka antes de que llegarais —le explicó Rose, dejando los platos sobre la mesa—. Supongo que se le habrá acumulado el trabajo mientras estabais en el bosque —movió la cabeza—. Tuvisteis mucha suerte de salir con vida.

—No me lo recuerdes —la joven hizo una mueca—. Nunca en mi vida he pasado tanto miedo como cuando Talbot dijo que estábamos cayendo.

Charlaron amigablemente mientras comían.

Hablaron de Andrew, al que Rose adoraba.

—Tiene el atractivo y la energía de su padre, y gracias a Dios, también tu sensatez —dijo.

El nerviosismo que sintiera Elizabeth a su llegada se iba apaciguando con la sonrisa de Rose y la conversación.

Aquello no sería tan malo. Talbot tenía su trabajo y seguramente se verían poco. Y en cuanto pasara la operación de Richard, volverían a su vida anterior y ya no tendría motivos para relacionarse con su ex cuñado. Lo único que tenía que hacer era no

pensar en el beso y todo iría bien.

Cuando terminaron de comer, volvió arriba. Deshizo la maleta de Andrew, colocó su ropa en el armario y la cómoda y sacó luego los artículos sin los que el niño aseguraba no poder vivir.

Una gorra y una pelota de béisbol, una videoconsola portátil, un cuaderno de dibujo y lápices de colores y un oso de peluche con el que afirmaba que no era necesario que durmiera, pero con el que siempre dormía. Colocó los objetos encima de la cómoda y se apartó para contemplarlos.

Su hijo era un niño maravilloso que raramente protestaba o hacía escenas. Andrew era lo único que Richard y ella habían hecho bien. Y aunque se había adaptado al divorcio y el régimen de visitas, ella sabía que la pérdida de su padre sería algo terrible.

Entró en su cuarto a deshacer su maleta. Vio una radio despertador y buscó una emisora de música.

Había llevado básicamente ropa deportiva, que dobló y colocó en los cajones. En el armario colgó los dos vestidos que había incluido y, al igual que Andrew, había llevado también varios objetos no relacionados con la ropa.

Libros de bolsillo de sus autores favoritos, libros de texto para estudiar para las clases en las que pensaba matricularse el verano siguiente… Los amontonó en la mesilla sin dejar de mover las caderas al ritmo de la música.

—Elizabeth.

Dio un respingo y se volvió. Su ex cuñado estaba en la puerta.

—¡Talbot! —se ruborizó—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para saber que no tienes lesiones en las caderas —sonrió él—. Me alegro de que hayáis llegado bien.

La mujer asintió.

—Hace una hora que llegamos.

¿Siempre había sido tan guapo como parecía en ese momento? Ataviado con vaqueros, una camisa negra y mocasines sin calcetines, parecía al mismo tiempo informal y elegante, y muy, muy masculino.

—Parece que te has recuperado por completo de la aventura —dijo él.

—Estoy bien —repuso ella—. ¿Y tú? ¿Qué tal la rodilla?

—Sigue un poco dolorida, pero bien. ¿Tienes todo lo que

necesitas?

—Sí. Creo que sí —su voz sonaba más aguda que de costumbre.

El hombre se acercó unos pasos y ella vio que llevaba una pequeña bolsa de papel en la mano.

—Mañana vendrá un tutor a trabajar con Andrew. Le dará clases de ocho a once mientras estéis aquí.

—Gracias —la mujer tenía la boca seca y deseaba que él se marchara.

—Tengo que volver al trabajo —dijo Talbot—. Ah, esto es para ti. Para hacer tu estancia más cómoda —le tendió la pequeña bolsa de papel y se volvió—. Nos vemos en la cena.

Desapareció de la vista y la mujer oyó sus pasos alejándose por el pasillo.

Respiró hondo y se sentó en el borde de la cama. Confiaba en que él no hubiera notado nada extraño en ella. Había tenido la esperanza de que los extraños anhelos que la dominaran durante sus tres días juntos fueran una anomalía que no tenía nada que ver con la realidad.

Pero ahora tenía que afrontar el hecho de que algo la empujaba hacia Talbot, y ese algo existía ya durante su matrimonio con Richard. Aunque nunca había sido infiel a su marido, sí había sido consciente de la tensión, la química, el deseo que existía entre su cuñado y ella.

Lidió con la situación viendo a Talbot lo menos posible. Y jamás quedándose a solas con él.

Hasta el accidente de avión. Hasta que empezaron a hablar y contarse cosas. Hasta que todos esos locos sentimientos regresaron con más fuerza que nunca.

Se recordó con firmeza que lo importante allí era Richard. Y que no necesitaba que su ex mujer fuera por ahí deseando a su hermano. Eso sólo podía añadir tensión a la convivencia, una carga adicional para un hombre que iba a enfrentarse a algo muy serio.

Además, ella no amaba a Talbot. Todo aquello era una locura que se pasaría.

Metió la mano en la bolsa, sacó el objeto que contenía y se quedó mirándolo.

Una luz de emergencia.

Tenía forma de flor con un gorrión bebiendo del centro. Talbot

le había comprado una luz de emergencia.

El corazón se le contrajo de tal modo que estuvo a punto de llorar. El no podía saber que ella siempre llevaba una luz consigo. Había recordado su miedo y salido a comprarle una luz.

La enchufó cerca de la cama y se preguntó si acceder a ir allí no habría sido el error más grande de su vida.

Capítulo 6

MAMÁ, levanta. Andrew saltaba en la cama de ella con el entusiasmo de un madrugador. Elizabeth gimió e intentó esconderse bajo las mantas.

—Llevo una hora levantado y Rose me ha dejado hacer galletas con ella. Dice que te diga que el desayuno estará listo en veinte minutos.

La mujer se volvió y abrió un ojo para mirar a su hijo. Ya estaba vestido, y además de los vaqueros y la sudadera roja, llevaba una sonrisa que alegraba los corazones.

—¿De verdad tengo que levantarme?

—Sí —tiró de su mano e intentó sacarla de la cama.

La mujer se rindió con una carcajada.

—Vale, vale, ya me levanto.

Andrew saltó de la cama al suelo.

—Ahora voy a despertar a papá —anunció, antes de salir por la puerta.

Elizabeth sonrió, consciente de que sólo había una persona en el mundo que odiara levantarse más que ella, y era Richard.

Permaneció unos momentos más en la cama y luego entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha.

Tenía la sensación de poder dormir diez horas más, y sabía que se debía a lo mal que había descansado la noche anterior. Se metió en la ducha y levantó el rostro hacia el chorro de agua.

Talbot no cenó con ellos la noche anterior. Y cuando terminaron de comer, Richard y Andrew salieron a dar un paseo y Elizabeth regresó a su habitación, ya que no quería tropezar accidentalmente con el hombre que pasaba demasiado tiempo en su mente.

Cuando al fin se acostó, la luz de seguridad que él le había regalado iluminaba no sólo la estancia sino también su corazón.

Mientras se secaba, se dijo que no podía pasarse toda la visita en su cuarto o se volvería loca. Tenía que salir un poco aunque corriera el riesgo de encontrarse con Talbot.

Minutos después, bajaba a la cocina ataviada con vaqueros y una sudadera azul. Antes de llegar al final de las escaleras, oyó la risa de Richard en la cocina.

—Ah, aquí está —su ex marido señaló una silla entre Talbot y él —. Siéntate. Está todo en la mesa.

—Siento haberos hecho esperar —dijo ella, sentándose. Pudo detectar el débil aroma de la loción del afeitado de Talbot por debajo del olor a beicon frito y galletas caseras.

— ¿Has dormido bien? —preguntó su ex cuñado.

—Sí, gracias.

El hombre apartó la vista.

—Estábamos discutiendo quién puede hacer la mejor pizza —la informó Richard—. Yo apuesto por mí.

Andrew sonrió a su madre.

—Le he dicho a papá que tú las haces mejores. La última vez que me hizo él una, la quemó. Además, las saca de una caja.

—Pero porque empezamos a jugar al escondite en el patio y olvidé que estaba en el horno —protestó Richard—. ¿Y qué tienen de malo las de caja?

—Yo soy el mejor cocinero de pizzas de por aquí —les hizo saber Talbot—. Hay varias pizzerías en varias partes del mundo que quieren comprar mi receta familiar.

—¿En serio? —preguntó Andrew, dudoso.

—Andrew, sólo es una broma —rió su padre—. Además, si hubiera una receta familiar, yo también la tendría.

—Yo nunca miento —protestó Talbot.

Andrew se echó a reír.

—Creo que sólo hay un modo de dilucidar esta cuestión —dijo Elizabeth, contagiándose del ambiente.

—¿Y cuál es? —preguntó Richard.

—Un concurso de pizzas. Esta noche, aquí en esta cocina.

Los tres hombres la miraron y empezaron a sonreír lentamente.

—Cuenta conmigo —dijo Richard.

—Y conmigo —siguió Andrew.

—No me lo perdería por nada en el mundo —le aseguró Talbot —. Y Elizabeth será el juez.

La mujer soltó una carcajada.

—Os advierto que seré muy dura.

—Mejor —repuso su ex marido.

—¿Pero qué gana el ganador? —preguntó Andrew.

—Buscaré algo en el pueblo —se ofreció su madre—. Algo especial. Y estaré encantada de comprar todos los ingredientes que necesitéis. Sólo tenéis que hacer una lista cada uno e iré de compras mientras Andrew estudia con el tutor.

El niño hizo una mueca.

—Creo que sería más educativo ir al pueblo contigo.

La mujer se echó a reír.

—Muy agudo, pero no cuela.

—Iré yo contigo —dijo Richard—. Si no te importa. Tengo cosas que hacer allí.

—De acuerdo —asintió la joven, agradecida de que no hubiera sido Talbot el que se ofreciera.

Fue muy consciente de él durante todo el desayuno. Hasta en el simple hecho de comer parecía emanar fuerza y control. Sus piernas se rozaron dos veces bajo la mesa y las dos veces apartó ella la suya como si hubiera tocado fuego.

Por suerte, Richard y Andrew proporcionaban conversación y entretenimiento, y los detalles del concurso de pizzas los ayudaron a terminar la comida.

Talbot se excusó en cuanto acabó de comer y salió de la cocina.

Cuando terminaron los demás, apareció Rose para limpiar la mesa y rechazó la oferta de ayuda de Elizabeth.

Cuando la joven volvía a su cuarto, se encontró a Talbot al pie de las escaleras.

—El tutor está aquí. He pensado que te gustaría conocerlo.

La mujer asintió y lo siguió al despacho, donde había un joven agradable de cabello rubio sentado ante el escritorio. Se levantó al verlos entrar.

—Elizabeth, te presento a Todd Green. Viene muy bien recomendado y con referencias impecables —dijo Talbot.

—Hola, Todd —le tendió la mano y el joven se la estrechó con

firmeza.

—¿Qué tal? Estoy deseando trabajar con su hijo. El señor McCarthy dice que es un niño estupendo.

Elizabeth sonrió.

—Sí que lo es, y estoy segura de que los dos trabajarán muy bien juntos.

—Yo estoy preparado para empezar cuando quieran.

—He pensando dejarles el despacho, así no los molestará nadie —explicó Talbot.

La mujer frunció el ceño.

—¿Pero y tu trabajo?

—No pienso hacer mucho en las dos próximas semanas. Si surgen problemas en la compañía, tengo hombres responsables que me llamarán.

Elizabeth asintió, extrañamente conmovida porque no pensara trabajar. De algún modo, ese hecho parecía añadir realidad a la enfermedad de Richard.

—Voy a buscar a Andrew —dijo.

Hasta entonces casi había podido considerar aquellos días como una especie de vacaciones. Pero Talbot jamás tomaba vacaciones. Siempre estaba obsesionado con el negocio de la familia, y casi nunca se tomaba tiempo libre por nada o por nadie.

Cuando el niño y Todd quedaron juntos en el despacho, Richard y ella salieron para el pueblo.-Gracias —dijo su ex marido en cuanto se alejaron de la casa.

—¿Por qué?

—Por hacer esto. Por venir aquí y dejarme pasar tiempo con Andrew —miró un momento por la ventanilla del acompañante—. Necesito construir recuerdos para él… por si algo sale mal.

—Nada saldrá mal —dijo ella con firmeza—. Me niego a pensar en eso.

Richard se echó a reír y ella lo miró de soslayo.

—¿Qué te hace gracia?

—Tú. Yo. Cuando estábamos casados, una de las cosas que me volvía loco era tu fuerza. Siempre tenía la impresión de que no me necesitabas para nada. Siempre lo tenías todo bajo control, por mucho que fuera el caos que yo llevaba a la casa.

Elizabeth no supo qué contestar, así que guardó silencio.

—Tu fuerza, lo que no podía soportar en el matrimonio, es lo que necesito ahora de ti —prosiguió él—. Necesito que creas que todo va a salir bien y que me hagas creerlo a mí.

—Haré todo lo que pueda por ayudarte a superar esto, Richard —prometió ella.

Apretó el volante. No sabía cuánta fuerza necesitaría para vencer la locura que se apoderaba de ella cuando estaba cerca de Talbot. La locura de desear que volviera a besarla, que la abrazara todas las demás noches de su vida.

Un concurso de pizzas. Tenía que estar loco para haber consentido en algo así. Se acercó a la-ventana de su despacho y miró hacia fuera, donde Richard y Andrew jugaban a perseguirse. Sabía que Elizabeth estaba arriba, esperando que empezara la competición.

Miró a su hermano y pensó en todos los años que había hecho de padre con él. Muchos años llenos de risas… y de lágrimas.

Talbot había pasado muchas noches sin dormir preguntándose si hacía lo correcto para convertir a su hermano en un adulto responsable.

Richard no era muy dado al contacto físico, pero notó que ahora daba a menudo un golpe-cito en el hombro de Andrew o un abrazo rápido. Era como si intentara almacenar una vida entera de contactos físicos por si algo salía mal.

Las pocas veces que lo veía con Elizabeth durante su matrimonio había notado que se tocaban muy poco. Nunca lo había visto besarla o acariciarle el pelo o tomarla de la mano.

A él le resultaría imposible no tocarla a todas horas. Si fuera suya, querría abrazarla y tocarla a la mínima oportunidad.

Una vocecita interior le recordó que no era suya, sino de Richard. Y que ese hecho la colocaría siempre fuera de su alcance.

Vio que Richard y Andrew avanzaban hacia la casa y se apartó de la ventana. Una sensación de soledad lo embargó.

Seguramente lo que le ocurría con Elizabeth se debía a que hacía mucho tiempo que no había una mujer en su vida. Antes del matrimonio de Richard, no había tenido tiempo de mantener una relación con una mujer. El negocio familiar y su hermano le ocupaban todos los momentos del día.

Después del matrimonio de este, Talbot salía de vez en cuando

con mujeres, aunque nunca encontró a ninguna con la que pudiera imaginarse pasando el resto de su vida.

Salidas al cine o a cenar, una variedad de mujeres que entraban y salían de su vida, pero ninguna que le hubiera tocado el corazón. Nadie que hubiera conseguido paliar la soledad que se había convertido en su compañera constante.

Era normal que Elizabeth le causara tanto impacto. Era hermosa, sexy y estaba en su casa, donde podía oler su aroma y sentir su presencia en todas las habitaciones. Por lo que sabía, tal vez le hubiera ocurrido lo mismo con cualquier otra mujer que se hospedara en su casa.

Esa idea hizo que se sintiera mejor.

—¿Tío? —llamó Andrew desde la puerta—. Tenemos que hacer las pizzas.

—Vale, ya voy.

—¡Mamá! —gritó el niño escaleras arriba—. ¡Baja!

Elizabeth y Talbot se encontraron en la-puerta de la cocina, donde Andrew estaba de centinela.

—Bienvenidos a la Pizzería McCarthy —dijo el niño con seriedad, antes de abrirles la puerta.

La cocina estaba transformada. Un mantel a cuadros rojos y blancos cubría la mesa, donde ardía una vela colocada en una botella de vino vacía. Una música suave sonaba de fondo y Talbot reconoció a Dean Martin cantando algo en italiano.

—La acompañaré a su mesa, señora Jueza —Andrew le ofreció el brazo como un caballero.

—Gracias, señor. Me han dicho que las pizzas de aquí son famosas en todo el mundo —era evidente que pensaba entregarse al juego sin reservas.

Y, de repente, Talbot deseó también lo mismo: una noche de risas y diversión, sin pensamientos sobre el pasado ni preocupaciones sobre el futuro.

Tomó el delantal de Rose, colgado al lado de la cocina, y se lo puso con una reverencia.

—Y, por supuesto, yo soy el chef maestro de este establecimiento —señaló con el dedo a los otros dos—. Y ellos son unos estudiantes que intentan, en vano, derrotarme en mi especialidad.

—Ya veremos quién es el maestro —gritó Richard.
Andrew se echó a reír.
—Que empiece la prueba.
Elizabeth había procurado que las compras no dieran ventaja a nadie. En espacios separados sobre la encimera, cada uno tenía un paquete de masa para pizzas, un recipiente amplio y una docena de ingredientes para usar a voluntad. Podían emplear cualquier especia de la cocina y cada uno de ellos tenía una piedra para pizzas sobre la que preparar su creación.
Talbot era muy consciente de la presencia de ella en la cocina, tomando un vaso de vino tinto. Ataviada con pantalones color óxido y blusa a juego, parecía una hermosa hoja de otoño arrastrada a la cocina por el viento. Frunció el ceño, apartó la vista de ella y se centró en su trabajo.
—Eh, Andrew, ¿sabías que un cartón puede deslizarse por la hierba alta igual que un trineo por la nieve? —preguntó Richard.
—¿De verdad?
—Sí. Cuando vivíamos en Twin Oaks, tu tío y sus amigos hacían carreras bajando colinas en cajas de cartón. ¿Te acuerdas, Talbot?
El aludido sonrió, al tiempo que cubría su bola de masa unos minutos para que subiera. Se volvió a su hermano.
—Me acuerdo. Y me acuerdo de que tú te empeñaste en probar aunque todos te decíamos que eras muy pequeño.
—¿Y qué pasó? —preguntó el niño.
—Pues que tu padre salió volando colina abajo como una cometa al viento. Por desgracia, olvidó una cosa.
—¿Cuál? —preguntó Andrew.
—Olvidé mirar por dónde iba —repuso Richard—. Y caí de la ladera a un estanque. Me hundí hasta el fondo como si llevara los bolsillos llenos de piedras. Tu tío tuvo que tirarse a salvarme.
—Y luego me castigaron al llegar a casa, porque él dijo a nuestros padres que había intentado ahogarlo en el estanque —añadió Talbot.
Richard se echó a reír.
—Es cierto. Cuando me sacaba del agua me dijo que era un pesado y me enfadé tanto que me vengué.
Esa historia llevó a otra, y otra más, y la cocina se llenó de risas y el calor de los recuerdos familiares.

Talbot procuraba no mirar a Elizabeth, pero era imposible. Se sentía atraído una y otra vez hacia la risa de sus ojos, el placer evidente que iluminaba sus rasgos a medida que las historias se hacían cada vez más locas.

Cuando las pizzas estuvieron al fin en el horno, la cocina parecía un campo de batalla. Había harina por todas partes, y trozos de champiñones, queso rayado y cebolla en el suelo, transformando las baldosas blancas en un caleidoscopio de colores y formas.

—Rose nos matará a todos —dijo Elizabeth; tomó un trago de su segundo vaso de vino. Talbot no sabía si era el vino o la risa lo que ponía color en sus mejillas. Pero no importaba. Lo que importaba era que estaba más guapa que nunca.

—Menos mal que le he dado la noche libre. Se volvería loca si viera este desastre —dijo.

—Eh, hay que ensuciar para crear obras maestras, ¿verdad, amigo? —Richard revolvió con cariño el pelo de su hijo.

—¿Cuánto tarda en hacerse? Estoy muerto de hambre —dijo el niño. Tomó un trozo de pepinillo de la encimera y se lo metió en la boca.

Talbot abrió la puerta del horno y se asomó al interior.

—Un par de minutos más y estarán listas.

—Si no como pronto, me voy a marear —Elizabeth apartó el vaso de vino—. Y si tengo la terrible responsabilidad de juzgar esta competición, necesito estar muy sobria.

—No necesitas estar sobria para saber que la mía es la mejor —intervino Richard, ganándose un abucheo por parte de su hermano y de su hijo.

Talbot no recordaba cuándo había sido la última vez que lo pasara tan bien. Y la sensación prosiguió mientras comían.

—No pienso anunciar ninguna decisión hasta que haya comido todo lo que quiera de cada una de ellas —anunció Elizabeth, cuando comenzó el primer trozo.

Se sentaron a la mesa, comiendo todos, no sólo de su pizza, sino también de las otras dos. Y la conversación prosiguió mientras cenaban.

—La señora Walker de la tienda de ultramarinos me ha dado recuerdos para ti —dijo la joven a Talbot—. Y que te diga que su hija, Alva May, acaba de prometerse.

Talbot hizo una mueca.

—Salí un par de veces con Alva y creo que su madre se había hecho ilusiones con nosotros.

—¿Y por qué no te casaste con ella, tío?

Talbot se inclinó hacia el niño con una sonrisa.

—Porque tenía pelos en las piernas y olía a neumático quemado.

Andrew estuvo a punto de atragantarse y escupió un trozo de pizza. Elizabeth y Richard soltaron una carcajada.

—Alva es mecánica en el taller de Walker —siguió Talbot—. Es el doble de mi tamaño y no me quería para nada. Sólo quería cambiar el motor de mi coche.

—Eres terrible —exclamó Elizabeth.

El hombre levantó las manos en un gesto de indefensión.

—Pégame un tiro. No me gustan las piernas con pelos ni el olor a goma quemada.

Le alivió ver que nadie le preguntaba lo que sí le gustaba en una mujer. Habría tenido que responder que le gustaba una mujer de pelo rubio y ojos azules tan brillantes como una cinta de envolver regalos.

Le gustaba una mujer con un olor tan fresco como la lluvia del arroyo y tan dulce como una flor de verano. Hasta encontraba atractiva la pequeña mancha que decoraba su barbilla levemente puntiaguda.

—Mamá, ¿estás ya lista para anunciar la decisión? —preguntó Andrew, con ansiedad.

Elizabeth sonrió y se limpió la cara con la servilleta, eliminando todo rastro de salsa.

—Sí, creo que ya puedo anunciar al ganador.

—Antes de que lo hagas, mamá, quiero decirte algo —Andrew se acercó a abrazarla—. Quiero decirte que eres la mejor madre del mundo entero.

—Eh, no se puede comprar al juez —protestó Talbot con una carcajada.

—¿Quién quiere comprarlo? —Andrew movió las pestañas con inocencia—. Sólo quiero que sepa que la quiero más que a nada.

—Si alguien tiene que ablandar al juez seré yo —intervino Richard—. Después de todo, soy yo el que puede que no esté aquí dentro de un par de semanas.

Elizabeth dio un respingo, y el peso de las palabras de Richard cayó con fuerza en el corazón de Talbot.

Un rugido resonó en sus oídos… el ruido del miedo, de la rabia… de los remordimientos… de promesas no cumplidas.

Se puso en pie; necesitaba salir de allí antes de perder el control. Antes de dejar la cocina oyó a Andrew reñir a su padre.

—Vamos, papá.

—Sólo era una broma —se defendió el hombre.

Talbot pensó que el problema era precisamente que no se trataba de una broma. Era una posibilidad, una que se había negado a afrontar hasta ese momento.

Corrió a su dormitorio; necesitaba la intimidad de su habitación porque sabía que, por primera vez en su vida, estaba a punto de perder el control.

Capítulo 7

CUANDO Talbot salió de la estancia, Richard miró a Elizabeth como un muchacho contrito que hubiera hecho algo mal y necesitara consejo para arreglarlo.

—Lo siento. Ha sido una estupidez. No pensaba lo que decía.

—Quizá deberías ir a verlo —sugirió Elizabeth—. Parecía muy alterado.

A su ex parecía asustarle aquella idea.

—No. Cuando se pone así, prefiere estar solo. Es mejor dejar que se le pase.

—Quizá tú y yo podemos ir a ver la película que dijimos —sugirió Andrew.

El rostro de Richard se iluminó.

—Buena idea. Y cuando volvamos, seguro que ya se ha arreglado todo.

Antes de darse cuenta, Elizabeth se encontró sola en la cocina sucia y silenciosa. Se hundió en su asiento y se sirvió otro vaso de vino.

Tomó un sorbo y movió la cabeza. Sabía que Richard no había querido hacer daño con su comentario, que lo soltó sin pensar lo que decía, pero ella no podía quitarse la imagen de Talbot de la cabeza.

Cuando oyó lo que decía su hermano, palideció y pareció llenarse de desesperación y angustia. Elizabeth se dijo que era un adulto y que seguramente podría lidiar con ello como lidiaba con todo lo demás en su vida: a solas.

Ella sabía mucho de soledad. Había estado sola desde la muerte de sus padres y sabía que su matrimonio con Richard había sido un

intento de borrar esa soledad, aunque sólo había conseguido sentirse más sola que nunca.

Terminó el vaso de vino y decidió afrontar la tarea de limpiar todo aquello. Pero no podía dejar de pensar en Talbot.

¿Lidiaba solo con las cosas porque quería hacerlo o porque no tenía otra opción? ¿Necesitaba alguien con quien hablar y compartir los sentimientos que lo embargaban?

Aunque sabía que no debía hacerlo, no pudo evitar salir en su busca. No lo encontró en su despacho ni en ningún lugar de la planta baja.

Subió las escaleras con rapidez, sabedora de que, si se paraba a pensarlo, volvería corriendo a la cocina. No sabía lo que iba a decirle cuando lo encontrara. Sólo sabía que no podía soportar la idea de que estuviera sufriendo solo.

Lo encontró en su habitación, de pie ante la ventana, semioculto por las sombras de la tarde que habían conquistado ya gran parte de la luz. Si la puerta hubiera estado cerrada, jamás habría soñado con forzar su intimidad, pero estaba abierta de par en par, lo que suponía una invitación a entrar.

—¿Talbot?

El hombre no se volvió.

—¿Estás bien?

Dio un paso hacia él, reprimiendo el impulso de tocar su espalda rígida, de aliviar la tensión de sus músculos contraídos. En lugar de hacerlo, apretó los puños a los lados.

—Mi padre vivió dos días después del accidente de coche en el que mi madre murió en el acto.

Su voz era más profunda que de costumbre, y conseguía a duras penas no temblar. Seguía mirando hacia la ventana, como si la noche que se aproximaba pudiera darle las respuestas que quería.

—Dos días en los que perdía y recuperaba el conocimiento. Sabía que se moría y creo que no le importaba porque pensaba que mi madre lo esperaba allí. En esos dos días me dijo que no le preocupaban ni el negocio ni yo. No le preocupaban la casa ni las cosas que dejaba inacabadas. Pero sí Richard.

Suspiró y ella se acercó más. Tanto que podía extender la mano y tocarlo… tanto que la envolvía el aroma de su cuerpo.

—Papá sabía que Richard podía ser desconsiderado. Que no era

un mal chico, simplemente no pensaba las cosas ni medía las consecuencias de sus acciones. Me hizo prometer que siempre cuidaría de él —al fin se volvió hacia ella con ojos atormentados—. No sé cómo arreglar esto.

La mujer le puso una mano en el brazo y sintió la tensión que agarrotaba sus músculos.

—Tú no puedes controlarlo todo, Talbot.

—Pero hice una promesa, un juramento.

Elizabeth se preguntó si sabría reconocer la irracionalidad de sus palabras.

—Hay promesas que son imposibles de cumplir por mucho que queramos —repuso con suavidad.

Apartó al mano de su brazo, pero siguió donde estaba.

—Talbot, tú has cumplido tu promesa. Richard es un adulto. Puedes apoyarlo y amarlo, pero no puedes llevar sus cargas por él. Tendrá que hacerse fuerte por sí mismo.

El hombre se pasó una mano por el pelo y luego apretó los puños. Le brillaban los ojos y ella sabía que luchaba por controlarse.

—Estoy furioso —dijo él—. Furioso y triste y…

No terminó la frase, pero ella sabía lo que quería decir.

—Yo también tengo miedo —susurró.

Por un instante pensó que había ido demasiado lejos, invadido demasiado profundamente sus pensamientos. La miró de hito en hito, como si le exigiera que retirara sus palabras, como si se negara a aceptar su miedo.

—Es mi único hermano, la única familia que tengo.

—Y es el padre de mi hijo, el único padre que tendrá nunca Andrew.

La atmósfera del cuarto estaba cargada, como si fuera a estallar un rayo o a producirse una explosión. Lo vio luchar por hacerse con el control… Y conseguirlo.

Suspiró, y parte de la tensión lo abandonó.

—Siento haber estropeado la fiesta.

—Tú no has estropeado nada —repuso ella—. Richard habló sin pensar, y es natural que sus palabras nos alteraran a todos.

—¿Dónde están ahora?

—Se han ido al cine.

Talbot movió la cabeza. Sonrió.

—Típico. Causa el problema y sale huyendo.

Su sonrisa tuvo el poder de enviar oleadas de calor por el cuerpo de ella. De repente se dio cuenta de que estaba en su dormitorio, a pocos pasos de la enorme cama de cuatro columnas.

—Y hablando de problemas, tengo que volver a la cocina a limpiar. A Rose le daría un infarto si viera la estancia tal y como está ahora —necesitaba salir de allí y distanciarse de él.

—Te ayudaré.

—No es necesario —protestó ella—. No me importa.

—Te ayudaré —repitió él, con firmeza—. Yo he-contribuido a ensuciar y ayudaré a limpiar.

La siguió escaleras abajo y juntos empezaron a guardar comida, limpiar encimeras y llenar el fregadero de platos que había que limpiar.

Elizabeth pensó cómo sería posible que una cocina tan grande pareciera de repente tan pequeña. Se pusiera donde se pusiera, Talbot estaba siempre cerca, llenando sus sentidos con su presencia viril.

—Ahora que estamos solos, puedes decirme la verdad —sugirió el hombre, llenando de agua el fregadero.

—¿Qué verdad? —preguntó ella con curiosidad.

—Mi pizza era la mejor.

La mujer soltó una carcajada.

—Para ser sincera, las tres sabían parecido. Aunque debo admitir que la tuya era la más ordenada. La de Andrew estaba cargada de pepperoni y la de Richard era un desorden de elementos.

Talbot se echó a reír.

—¿Y qué habías elegido como premio para el ganador? —se arremangó y metió las manos en el agua enjabonada.

—Un pastel de helado con forma de pizza —tomó un paño de cocina y se acercó a él—. Pensé que así todo el mundo podía disfrutar de él.

—Buena idea.

Lo observó fregar un plato. Procuró no fijarse en la fuerza de sus antebrazos desnudos, en sus dedos largos y sensuales. Casi podía sentir su caricia en la piel.

Talbot le tendió el plato para secarlo.

—Creo que cuando terminemos de limpiar, nos mereceremos un trozo de ese pastel.

—Estoy de acuerdo —quizá el helado la enfriara un poco.

Trabajaron unos momentos en silencio. Talbot fregaba, ella secaba, sus dedos se tocaban brevemente al cambiar los platos de mano. Elizabeth se preguntaba si él también sentiría las chispas eléctricas que brotaban siempre que se rozaban.

Al parecer, no. Se veía distante, y ella deseó poder meterse en su cabeza y ver sus pensamientos.

—¿Nunca piensas si estarás haciendo demasiado por Andrew? —preguntó él, cuando el último plato quedó guardado en el armario.

—Sí —repuso ella—. Me preocupa hacer demasiado y también hacer demasiado poco. ¿Quieres un trozo de helado?

—Desde luego. Voy a preparar un café.

Unos minutos después, estaban sentados a la mesa, con el helado y el café.

—¿Por qué me has preguntado lo de Andrew? ¿Tú crees que hago demasiado por él?

—No, nada de eso. Eres una madre estupenda —frunció el ceño —. Es porque a veces me preocupa no haber hecho lo bastante por Richard. O haber hecho demasiado.

Elizabeth sonrió.

—Y piensas si habrás sido demasiado blando con él, o demasiado duro. Y te preocupa si le habrás dedicado demasiado tiempo o demasiado poco. A mí me parece perfectamente normal.

El hombre asintió.

—Y me pregunto si tú y yo habremos contribuido a que Richard no sea más adulto y responsable.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, a la defensiva.

—Tranquila. No estoy poniendo en tela de juicio tus valores como esposa. Sólo pienso que los dos padecemos la misma enfermedad.

—¿Y qué enfermedad es esa?

—Una autonomía que asusta un poco a los demás —tomó un trozo de helado—. En todos tus años de matrimonio, jamás me pediste ayuda. Cuando os cortaron la luz porque Richard olvidó pagarla, no pediste ayuda. Afrontaste un millón de problemas sin acudir a nadie.

—Me habría cortado un brazo antes de pedirte ayuda a ti.

—¿Y eso por qué?

—Sabía que no aprobabas nuestro matrimonio, que creías que éramos demasiado jóvenes… Y sabía que no estabas seguro de mí. Además, no era responsabilidad tuya. Y yo estaba acostumbrada a resolver mis propios problemas.

Miró su taza de café, incapaz de decirle la verdadera razón por la que nunca le había pedido ayuda: porque tenía miedo de que, si acudía en su rescate, ella tendría que afrontar el hecho de que se había equivocado de hermano al casarse.

Se había cerrado a él. Un momento antes, sus ojos eran ventanas hacia su mente, pero ahora las había cerrado.

Comieron en silencio unos minutos. Una sucesión de emociones embargó de nuevo a Tal-bot. Estaba furioso con el destino, preocupado por lo que pudiera traer el futuro, y por primera vez en su vida, le daba un miedo horrible tener que afrontarlo solo.

Quería que Elizabeth se abriera a él de nuevo. Tendió una mano y tocó levemente el dorso de la suya.

—Te he hecho enfadar.

—No —protestó ella—. Estaba pensando en lo que has dicho — terminó su helado y tomó la, taza de café con ambas manos—.

Puede que tengas razón. Quizá estaba tan acostumbrada a cuidar de mí misma, que no le di a Richard la oportunidad de compartir las responsabilidades.

—Y quizá de haberlo hecho, él hubiera salido corriendo porque yo nunca le di las herramientas para afrontar la vida.

La mujer sonrió y Talbot pensó que tenía la sonrisa más hermosa que había visto nunca. Una sonrisa que se iluminaba desde dentro.

—¿Qué es todo esto? ¿Una reunión de culpabilidades? ¿Los dos somos responsables de la inmadurez de Richard y él no?

—No, él también tiene que aceptar su parte en lo que es, y en lo que será en el futuro.

Si tenía un futuro. La emoción lo embargó de nuevo y sintió la presión que formaban las lágrimas en sus ojos.

Consciente de la mirada de la mujer fija en él, saltó de la mesa y le dio la espalda para fregar su plato.

El agua del grifo le impidió oírla acercarse.

No supo que lo había seguido hasta que sintió el calor de su

mano a través de la camisa.

—Talbot, no estás solo en esto. Yo estoy aquí, si me necesitas.

¿Si la necesitaba? En ese momento se consumía de necesidad. Dejó caer el plato al fregadero y se volvió hacia ella.

Antes de tocarla, supo que había perdido el control, pero no intentó recuperarlo. La rodeó con sus brazos, sin darle tiempo a protestar, y la besó en los labios.

El cuerpo de ella se puso tenso, pero la rigidez duró sólo un momento; luego pareció fundirse contra él.

Pasó sus brazos en torno al cuello del hombre y abrió los labios como una flor que se ofreciera al calor del sol.

Una locura. Era una locura y al parecer se había apoderado de los dos. Talbot la estrechó con firmeza contra sí, deseando sentir la presión de las curvas femeninas sobre su cuerpo.

Necesitaba saborear cada sensación, captar todos los matices de la mujer, del beso y de la intimidad de sus cuerpos apretados. Sabía que antes o después volvería la cordura y con ella los remordimientos.

Pero el remordimiento parecía muy lejos mientras exploraba la dulzura de su boca y sus manos acariciaban la curva de su espalda.

Ninguno dijo nada, como si temieran que una palabra, un mero susurro, pudiera romper la magia del momento. Los pechos de ella apretaban el torso de él, y Talbot percibía los latidos de su corazón en un ritmo de deseo.

Quería tomarla en sus brazos, subirla a su cuarto y perderse en ella. Quería verla en su cama, con su piel al desnudo y el pelo extendido contra el azul de la sábana.

En la distancia se oyó un portazo. Era la puerta principal.

—¿Mamá? —llamó la voz de Andrew.

Talbot la soltó y ella retrocedió con expresión horrorizada. Se llevó una mano temblorosa a los labios y se volvió hacia la puerta de la cocina, por donde entraban Andrew y su padre.

—La película es malísima. Nos hemos ido después de media hora de sufrimiento —anunció Richard. Los miró a los dos—. ¿Todo bien por aquí?

—Muy bien. Acabamos de terminar de limpiar —la voz de la mujer sonaba más aguda que de costumbre.

Su ex marido miró de nuevo a Talbot.

—¿Y tú me has perdonado por mi estúpido comentario?

Sus ojos estaban llenos de contrición. El corazón de Talbot se llenó de amor por él. Asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Estamos todos muy emotivos. Todos decimos y hacemos locuras y estupideces, cosas que es mejor olvidar.

Por el modo en que Elizabeth tensó los hombros, supo que había captado el significado de sus palabras.

El hombre sintió remordimientos, y no sabía si eran por haberla besado o por haber descalificado el beso de aquel modo.

—Me voy a la cama —murmuró—. Estoy agotado.

Murmuró las buenas noches y salió de la cocina.

Una vez en su cuarto, cerró la puerta y se acercó a la ventana.

Había sido un idiota. Besar a Elizabeth era la estupidez más grande que había cometido en su vida. El beso le produjo el deseo más intenso que había sentido jamás.

Y después del deseo llegaba la vergüenza. Su cabeza se llenó de recuerdos… recuerdos de Richard.

Siempre sentiría el peso de su hermano cuando huían del estanque.

—Sálvame, Talbot. Sálvame —gritaba.

—No temas. Nunca dejaré que te ocurra nada malo —le había prometido Talbot.

Cerró los ojos y recordó las noches en que Richard se metía en la cama con él porque tenía miedo de una tormenta o una pesadilla.

Y la noche en que tuvo que decirle que sus padres habían muerto. Su hermano lloró en sus brazos, no sólo por el dolor de la pérdida, sino también por miedo al futuro.

Talbot le aseguró que todo iría bien y que él cuidaría de él. Se apartó de la ventana con un suspiro de disgusto.

Ahora lo necesitaba más que nunca. Y también a Elizabeth. ¿Y qué hacía él? Desear a su ex mujer.

Mientras se desnudaba, pensó en la sombra de dolor que oscureció los ojos de ella y el modo en que se tensaron sus hombros cuando él dijo que todos cometían estupideces.

Sabía que sus palabras habían sido para ella como una bofetada. Porque sabía que el beso la había afectado tanto como a él.

Se dijo que era mejor así. Mejor que se enfadara y mantuviera las distancias. No quería más conversaciones profundas con ella, no

quería pensar en ella. No quería conocer sus pensamientos ni sus sueños. Y no quería contarle los suyos.

Ya era bastante malo que hubiera presenciado su falta de control. Y necesitaba mostrarse fuerte por Richard.

Había invitado a la tentación a su casa y, por un momento, había cedido a ella. Pero ya no más.

No estaba dispuesto a sacrificar el bienestar de Richard al deseo irracional que sentía por Elizabeth.

Capítulo 8

¿VA TODO bien? —preguntó Richard, cuando Talbot salió de la habitación. —Muy bien —Elizabeth le lanzó una sonrisa que a ella misma le pareció falsa y forzada.

Se preguntó si tendría los labios tan hinchados como los sentía. Y si se notaría en su cara el deseo ardiente que acababa de experimentar.

—¿Alguno de vosotros quiere tarta helada? Era el premio por el concurso de pizza.

—¡Yo! ¡Yo quiero! —exclamó Andrew, ignorante al parecer de la tensión que llenaba la cocina. Se sentó a la mesa—. Pero creo que deberías decir quién ha ganado.

—Creo que hemos ganado todos —se anticipó Richard—. Lo pasamos bien haciendo pizzas y riéndonos juntos, así que somos todos ganadores.

—Tu padre tiene razón. Todo el mundo es ganador —Elizabeth se dedicó a poner la tarta en los platos, agradecida por tener algo que hacer.

El beso la había afectado hasta lo más profundo, creando en ella un infierno de deseo como no había experimentado nunca. El corazón le latía todavía con rapidez, y sus nervios parecían tener electricidad en las puntas.

Se sentó a la mesa y tomó una taza da café mientras los otros dos comían tarta y charlaban. Intentó centrarse en la conversación, pero no pudo.

Estaba impregnada de Talbot. Su mente, sus sentidos, su corazón… estaban llenos de él. Los pechos le palpitaban de deseo y el vientre le dolía de insatisfacción.

Y en una sola frase le había dicho exactamente lo que pensaba del beso. Una estupidez y una locura achacables al exceso de emotividad que los envolvía a todos.

¿Y qué había sido para ella? Un terremoto. Como volver a casa después de una larga ausencia. Y eso le daba mucho miedo.

—¿Mamá? —el tono de la voz de Andrew indicaba que no era la primera vez que se dirigían a ella—. Papá te ha preguntado si quieres ir a la bolera mañana por la tarde.

Por la expresión de su hijo, adivinó que quería que fuera con ellos.

—Me encantaría —dijo. No quería quedarse allí con Talbot estando Richard y Andrew fuera. Tenía que mantener las distancias todo lo posible.

Y, durante los cinco días siguientes, Talbot pareció esforzarse también para evitar quedarse a solas con ella. Por la mañana, cuando Andrew daba clases y Richard desaparecía, Elizabeth permanecía en su cuarto o en la cocina con Rose.

Cuando estaba sola, se sorprendía pensando en la conversación que había tenido con Talbot antes de aquel beso devastador.

¿Había contribuido ella a la inmadurez de Richard al no esperar nada de él? Dicen que la gente se esmera por hacer lo que se espera de ellos. ¿No habrían Talbot y ella contribuido a frenar su madurez al esperar tan poco de él?

Siempre se había considerado muy independiente, y eso siempre le había parecido una virtud. Pero ahora pensaba si no habría sido también egoísta. Nunca había compartido sus miedos, cargas o problemas con su marido. Había comunicado más vulnerabilidades a Talbot en dos días en el bosque que a Richard en todo su matrimonio. ¿Por qué?

No quería saber la respuesta, temía cuál pudiera ser. Sólo sabía que Talbot tenía razón: los dos habían contribuido a la falta de madurez de Richard.

Y otra cosa estaba clara. El beso de Talbot le había confirmado que, aunque había querido a Richard y deseado formar una familia con él, nunca había estado enamorada de él.

Había habido poca pasión en su matrimonio. El beso de Talbot le había provocado más deseo que todas sus relaciones sexuales con Richard.

Y en su esfuerzo por evitar a Talbot esos cinco días, se encontró pasando más tiempo con Richard y Andrew. Fueron a la bolera, al cine y a la heladería del pueblo.

Le sorprendió ver una madurez nueva en Richard. Había seriedad en sus ojos, y parecía que se hubiera vuelto más introvertido y estuviera buscando al hombre que podía ser.

Andrew y ella llevaban poco más de una semana en la casa cuando Richard los levantó pronto para montar a caballo a la salida del sol.

Elizabeth se puso unos vaqueros viejos y una sudadero rosa. Se hizo una coleta y salió sin maquillar, sabedora de que su ex marido y su hijo la esperaban impacientes en el corral.

Al legar allí, el corazón el dio un vuelco al ver a Talbot montando un magnífico alazán negro. Llevaba vaqueros y un suéter negro de cuello de cisne que realzaba la amplitud de sus hombros.

Al parecer, Richard había convertido aquello en un asunto familiar.

—¿Sabes montar? —le preguntó Talbot con el tono de voz monótono que empleaba para dirigirse a ella desde el beso.

La mujer se agarró a la silla del caballo que le señaló Richard y subió sin dificultad.

—La familia adoptiva número cinco tenía caballos —explicó—. Procuré de montar todos los días durante los seis meses que estuve allí.

—Arriba —dijo Richard, ayudando a Andrew a subir al potrillo que montaba el niño cuando estaba en la casa.

El sol empezaba a salir por el horizonte, en medio de un lago de tonos rosas y anaranjados. Las hojas de los árboles empezaban a cambiar de color, y lucían ya unos espléndidos tonos dorados y rojizos.

Cabalgaron a paso lento, con los caballos moviendo la cabeza y relinchando en el aire de la mañana.

—Va a ser un día muy hermoso —dijo Talbot, que sonrió a Elizabeth.

La sonrisa rompió el hielo que llevaba una semana instalado entre ellos.

—Sí, lo será —asintió, con la esperanza de poder volver a la camaradería y amistad que disfrutaban antes del beso.

—No habrá muchos más días cálidos para montar a estas horas —observó Richard. Sonrió a su hijo—. Este invierno haremos el muñeco de nieve más grande del mundo.

Esperanza. En algún momento de la última semana, Richard había encontrado esperanza para el futuro. Elizabeth lo miró con ternura. Sabía que era vital que mantuviera una actitud positiva en la batalla que lo esperaba. Esperaba que Andrew y él pasaran muchos inviernos más juntos.

Era fácil sentirse positiva con los cuatro montando por los prados verdes en aquella mañana hermosa. Ella iba detrás de los tres hombres, observando a Talbot.

Parecía más relajado que en ningún momento de la última semana. Parecía haber nacido en la silla de montar, desde donde controlaba al caballo con un simple movimiento de las riendas.

Como siempre, el solo hecho de mirarlo le suscitó un sinfín de emociones. No podía negar que la atraía mucho a un nivel físico. La excitaba como ningún otro hombre había conseguido hacerlo. Por mucho que odiara admitirlo, había también algo en él que le tocaba el corazón.

Montaron una media hora y, cuando llegaron a la cima de una colina, Richard dijo que quería hablar con ellos y les pidió que desmontaran.

Saltaron todos al suelo y se situaron en círculo, pendientes de él.

—Sólo quiero daros las gracias por este tiempo que hemos pasado juntos. Nunca sabréis cuánto significa para mí.

Talbot frunció el ceño.

—Richard…

El aludido levantó una mano.

—Déjame terminar —dijo con firmeza—. Sé que no he sido el mejor hermano, marido ni padre —le pasó un brazo a Andrew por los hombros y lo apretó contra sí—. Pero quiero que sepáis que sois las personas más importantes en mi vida y jamás podré pagaros lo que hacéis por mí.

—No tienes que pagarnos nada —dijo la mujer, con el pecho inundado de emoción—. Te queremos.

—Lo sé. Y por eso me voy a operar el lunes a primera hora. La operación se hará en Kansas City. El médico no quiere que espere más y yo necesito curarme para demostraros a todos que valía la

pena el esfuerzo.

—No tienes que probar nada —dijo Talbot, con voz más profunda que de ordinario.

—Papá, yo creo que eres el mejor del mundo —intervino Andrew.

A Elizabeth casi le explotó el corazón al ver a padre e hijo abrazados. Pidió en silencio que Richard saliera bien de la operación

—Eh, papá —dijo Andrew, cuando lo soltó su padre—. Tengo que ir al baño.

—Ya lo llevo yo —se ofreció Elizabeth.

—No, tú espera aquí. Yo lo llevo a la casa —insistió Richard, montando—. Enseguida volvemos.

Antes de que la joven pudiera protestar, se alejó con su hijo, dejándola sola con Talbot.

Era ridículo, pero su corazón cambió de ritmo al instante. Ridículo e irritante.

—Bien, parece que el lunes dejaremos de molestarte —dijo al fin, para romper el tenso silencio que se había instalado entre los dos—. Si Richard se opera en Kansas City, Andrew y yo volveremos a casa.

—No ha sido ninguna molestia —repuso él, con ojos oscuros y brillantes—. Estos días la casa no parece tan grande ni tan… —frunció el ceño—. Ni tan vacía.

Por un momento pensó que iba a decir solitaria. Pero eso era una locura. Los hombres fuertes e independientes como Talbot no se sentían solos; y las mujeres fuertes e independientes como ella tampoco.

Pero ella sí sentía soledad, y miedo, y la necesidad de que la abrazara alguien tan fuerte e independiente como ella.

Ahora que sólo faltaban dos días para la operación de Richard, le costaría cada vez más fingir que no tenía miedo.

—¿Talbot? —le temblaba la voz y notó, horrorizada, que sus ojos se llenaban de lágrimas. No dijo nada más, se limitó a adelantar un paso hacia él con los brazos extendidos.

Talbot la vio desintegrarse ante sus propios ojos. Sus ojos color azul cielo se llenaron de lágrimas, y el labio inferior le tembló de desesperación.

Sabía que no era buena idea tocarla, pero no podía evitarlo. Sentía que lo necesitaba, y no podía negar que a él le ocurría lo mismo.

La tomó en sus brazos e inhaló el dulce aroma de su pelo intentando controlar la emoción que le inundaba el pecho.

El poco control que ella tenía desapareció al aferrarse a él; los sollozos sacudían su cuerpo y el hombre la abrazó con fuerza, sintió su dolor, su miedo, y deseó poder quitárselo y que no tuviera que sufrir. Sus lágrimas le partían el corazón, un corazón medio partido ya por el problema de su hermano.

—Sshh —le susurró al oído, frotándole la espalda para tranquilizarla.

—Lo siento —dijo ella entre lágrimas, como si se avergonzara de su debilidad—. Lo siento mucho.

Intentó apartarse, pero él la sujetó con firmeza.

—No lo sientas —dijo—. Desahógate. Deja que salga todo.

Elizabeth volvió a apoyarse en él, como si no tuviera fuerza para apartarse. Pocos minutos después había dejado de sollozar, pero seguía abrazada a Talbot.

El hombre le acarició el pelo, sintió el calor del sol en los mechones sedosos.

—¿Mejor? —preguntó con suavidad.

Elizabeth asintió.

—Tengo mucho miedo —dijo. Lo miró a los ojos— ¿Y tú?

Talbot vaciló. Nunca le había confesado a nadie tener miedo. Ni siquiera Rose, que lo conocía mejor que nada, conocía el miedo que había padecido, primero cuando tuvo que hacerse cargo de Richard y ahora al afrontar la enfermedad de su hermano.

—Sí, tengo miedo —confesó—. A decir verdad, estoy aterrorizado.

La mujer colocó ambas manos a los lados de la cara de él.

—¿Y quién te abraza cuando tienes miedo? ¿Quién te hace sentir seguro cuando te rodea la oscuridad? ¿Quién te ayuda a pensar que la oscuridad acabará disipándose?

—Nadie. Nunca he necesitado a nadie. Hasta ahora —inclinó la cabeza y la besó en los labios. Fue un beso muy suave, un toque leve.

Elizabeth gimió. No con angustia, sino con deseo.

El beso que Talbot pretendía que fuera leve y sencillo, se convirtió de repente en un beso de puro deseo. La mujer le echó los brazos al cuello y entreabrió los labios.

Talbot abandonó toda razón y se entregó al volcán sensual que el abrazo suscitaba en él.

A medida que profundizaban en el beso, le metió las manos debajo de la sudadera, ya que necesitaba tocar su piel sedosa, cálida y lisa. Piel que lo alentaba a seguir explorando.

La respiración de los dos se volvió jadeante. Sentía los latidos del corazón de ella en sintonía con los suyos. La intensidad casi lo dejó sin aliento.

Movió los brazos de la espalda de ella a los costados, donde sintió la caja torácica bajo las yemas. Subió hasta encontrar la banda elástica del sujetador.

La mujer dio un respingo al notar las manos de él en sus pechos. Talbot comprendió que iba a perder el control. Por primera vez en su vida, no pensaba en las consecuencias ni en el futuro. Pensaba sólo en el presente y en aquella mujer. Elizabeth. En su dulzura. Su fuerza.

Quería tumbarla en la hierba, desnudarla despacio y apreciar los encantos de su cuerpo. Quería hacerle el amor, poseerla como no la había poseído ningún otro hombre.

Aquella idea lo enfrió un tanto. Y lo devolvió

a la realidad. Sintió disgusto por su deseo, y por sí mismo.

Dejó caer las manos, rompió el beso y se separó de ella. Estaba muy hermosa con los labios enrojecidos por los besos, el pelo revuelto por el viento y los ojos nublados por el deseo.

Respiró hondo y se pasó una mano por la frente.

—Es evidente que hay cierta química entre nosotros —dijo, irritado por que su voz sonara temblorosa—. No te voy a mentir, Elizabeth. Te deseo. Nunca en mi vida he deseado tanto a una mujer.

A ella le brillaron los ojos, pero no dijo nada.

—No me interpretes mal. Te deseo, pero es algo puramente físico. Y no voy a poner en peligro mi relación con mi hermano ni su bienestar mental por un revolcón contigo.

Vio el dolor que le producían sus palabras, pero tenía que asegurarse de que aquello no volvía a ocurrir. Sabía que, si la

encontraba en sus brazos una vez mas, no podría evitar cometer un gran error.

—Es pura lujuria, Elizabeth, y no confío en mí cuando estoy cerca de ti —volvió a subir a su caballo—. Después de la operación de Richard, creo que lo mejor será que no volvamos a vernos.

No esperó una contestación, sino que se alejó al galope sin mirar atrás.

Galopó con fuerza, con el aire frío del otoño golpeándole el rostro, intentando refrenar el deseo que le calentaba todavía la sangre, que circulaba aún por sus venas.

«Elizabeth». Pronunciaba el nombre como una maldición y galopaba cada vez más deprisa. Dos días. Sólo tendría que pasar dos días más cerca de ella y luego no volverían a verse.

Talbot no regresó a la casa hasta mediodía. Se duchó, se vistió y salió para las oficinas de Topeka.

Podía sumergirse en el trabajo, lo había hecho un centenar de veces en el pasado. Mientras tuviera Industrias McCarthy, el legado de su padre, no necesitaba nada ni a nadie.

Trabajó hasta tarde, temiendo la vuelta a casa.

Cuando al fin salió del edificio y subió a su coche, hacía tiempo que había oscurecido. Y la oscuridad le recordó a Elizabeth.

Pensó en la niña de cinco años arrancada de todo lo que había conocido y sin el consuelo de una familia. Deseó haber podido estar a su lado. Haberla conocido entonces, haberla conocido toda su vida.

Puso la radio y llenó el interior del coche con *rock and roll* con la esperanza de que eso le imposibilitara pensar. La dejó a todo volumen hasta que aparcó ante la casa.

Sólo había una luz encendida: la de la sala de estar. El resto estaba oscuro, y confió en que todos estuvieran durmiendo. No quería hablar con nadie.

En cuanto entró, oyó murmullo de voces en la sala. Las reconoció enseguida. Elizabeth y Richard.

Se asomó a la sala y el corazón se le paró en el pecho. Estaban juntos delante de la ventana, abrazados. No podía oír lo que hablaban, pero tampoco deseaba hacerlo.

Observó a su hermano acariciar el pelo de ella y comprendió al fin una cosa.

Se había enamorado de Elizabeth.

Capítulo 9

PROMÉTEMELO —le dijo Richard a Elizabeth cuando ella rompió el abrazo. La joven se disponía a acostarse cuando vio a Richard sentado solo en la sala. Entró a ver qué tal se encontraba y notó que parecía necesitar hablar. Charlaron sobre su matrimonio, sobre Andrew y sobre la operación.

—¿El qué? —la mujer se apartó de él.

—Prométeme que siempre seremos amigos. Es importante para mí y creo que también para Andrew.

—Esa promesa es fácil de cumplir —le aseguró ella.

—Aunque uno de los dos vuelva a casarse —insistió él.

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Y prométeme otra cosa. Si ocurre algo durante la operación, dile a Andrew que fui un gran hombre. Que era valiente, fuerte y que lo quería más que a nada en el mundo.

La mujer reprimió las lágrimas que ardían en sus ojos.

—No te pasará nada en la operación —dijo con firmeza—. Y no tengo que decirle a tu hijo nada de eso. Ya lo sabe.

Richard sonrió.

—Gracias.

—De nada Y ahora voy a subir a darle las buenas noches; si no, no se dormirá nunca.

Encontró a su hijo tal y como esperaba: acostado pero despierto. Al verla entrar se incorporó en la cama.

—Creí que te habías olvidado de mí.

Elizabeth sonrió y se sentó en el borde del lecho.

—De eso nada. ¿Estás bien? —le apartó un mechón de la frente.

—Claro que sí.

—¿Y estarás bien aquí mañana cuando nos vayamos a Kansas City?

Había acordado con Richard que lo mejor sería dejar al niño allí con Rose hasta después de la operación, cuando Elizabeth iría a buscarlo.

—Sí. Rose me enseñará a cocinar algo. Quiero hacerle un pastel a papá para cuando mejore.

—Eso estaría muy bien —la mujer se inclinó a besarlo en la mejilla.

—¿Y me llamarás desde el hospital en cuanto termine la operación?

—Te lo prometo.

Los ojos marrones del niño la miraron con seriedad.

—¿Me prometes que se pondrá bien?

A Elizabeth le dolía el corazón al oírlo.

—Cariño, hay cosas que no puedo prometer porque no dependen de mí. ¿Me comprendes?

Andrew asintió.

—Rezaré por papá.

—Es lo único que podemos hacer —repuso la mujer. Se inclinó a besarlo en la frente—. Que duermas bien.

Cuando salió del cuarto, tenía otra vez los ojos llenos de lágrimas. Había estado al borde del colapso emocional desde que Talbot subió a su caballo y se alejó de ella.

Entró en su habitación y cerró la puerta. Entre el trauma de la inminente operación de su ex marido y la confusión de los momentos pasados con Talbot por la mañana, se sentía ridículamente frágil y abrumada en el momento en que más necesitaba ser fuerte.

Richard y sus necesidades ya no dependían de ella. Al día siguiente entraría en el hospital y, un día más tarde, lo operarían. Ya no podía hacer nada más para ayudarlo a prepararse para lo que se avecinaba.

Y tampoco podía ayudar a Talbot. Nunca había deseado a un hombre tanto como a él. Lo deseaba a pesar de haberle oído decir que solo sentía lujuria por ella. Lo deseaba porque lo quería.

El corazón le latió con fuerza al darse cuenta de lo que estaba pensando. Amaba a Talbot. Lo amaba con toda su alma y todo su

corazón.

No sabía cuándo había ocurrido, cuánto tiempo llevaba ocultándose sus sentimientos por él. Pero ya no había nada que ocultar. Su amor por él adoptaba la forma de un dolor interior, un tormento para el que no había alivio.

Talbot había dicho que la deseaba, no que la quisiera. Y, aunque la hubiera querido, ¿de qué habría servido?

Aunque sabía sin duda alguna que Richard y ella no tendrían un futuro en común, ¿cómo reaccionaría él si su ex mujer iniciaba una relación con su hermano?

Al día siguiente irían al hospital y, cuando terminara la operación, ya no habría motivos para volver a ver a Talbot.

Era lo mejor. Tenía que olvidar el calor de sus caricias y las llamas ardientes de sus besos.

Apretó los ojos con fuerza, bloqueando el brillo de la luz de emergencia y deseando hacer lo mismo con el brillo del amor que acababa de identificar en su corazón.

Al mediodía del día siguiente, salieron para Kansas City. Elizabeth insistió en seguir a los dos hombres en su coche, ya que prefería ir sola y sabía que tenía que volver a Morning View después de la operación para recoger a Andrew.

Los siguió hasta el hospital, donde solo tardaron unos minutos en dar una habitación a Richard. Después de dejarlo instalado, Elizabeth se marchó con la promesa de regresar al día siguiente temprano.

Cuando entró en su apartamento, lo sintió frío, vacío y muy solitario.

Las horas de la tarde pasaron con lentitud. Llamó a Andrew y habló con él hasta que el niño se aburrió, y luego llamó a Richard. Hablaron del futuro y de su hijo.

Le complació oír el tono de optimismo de su ex marido y se alegró de que afrontara la operación con buen ánimo.

Cuando se acostó, rezó por Richard y, mientras esperaba que la venciera el sueño, pensó dónde estaría Talbot pasando la noche.

Deseó desesperadamente poder dormirse enamorada de él y que, cuando se despertara a la mañana siguiente, su amor por él hubiera desaparecido. Sin efectos secundarios ni dolor residual, solo una inyección de sueño contra la adicción del amor.

Sonrió para sí. Si podía encontrar una cura para el amor, sería la heroína de todos los amantes desgraciados del mundo y más rica de lo que nunca había podido imaginar.

Pero más le valía que empezara a pensar en cómo olvidar a Talbot. Ya que se había enamorado del único hombre que nunca podría tener.

Talbot nunca había imaginado que los minutos pudieran avanzar tan despacio. Paseaba por la pequeña sala de espera, intentando desesperadamente ignorar a Elizabeth, la única otra persona que la ocupaba en aquel momento.

Miró su reloj y suspiró. Richard llevaba menos de dos horas en el quirófano. Y el cirujano les había dicho que tardarían entre cinco y seis horas por lo menos. Iba a ser un día muy largo.

—Voy a tomar un café —dijo—. ¿Quieres venir?

Confiaba en que ella rehusara. No se habían dirigido más de dos palabras desde que llegaron al hospital a las seis de la mañana. Se sentaron con Richard hasta que fueron a buscarlo y después se trasladaron a la sala de espera.

La mujer se puso en pie.

—Sí, necesito un café.

Salieron juntos hacia el ascensor para bajar al sótano, donde se encontraba la cafetería.

Una vez allí, la mujer pidió una taza de café y un bollo y él optó por café y una magdalena. Se sentaron uno frente a otro en una mesa.

Talbot tomó un sorbo de café y la miró pensativo.

Era hermosa, pero no pudo evitar notar unas sombras bajo sus ojos.

—Pareces cansada —dijo.

—Lo estoy. Cansada física y mentalmente —suspiró y arrancó un trozo de bollo—. Estos últimos días no han sido muy fáciles. Pero tú también debes estar cansado.

—Así es —asintió él, de mala gana. No quería sentir lo mismo que ella, no quería experimentar las mismas emociones. No sólo estaba cansado física y mentalmente, sino también en el alma.

No había comprendido hasta entonces que creía en el verdadero amor, en almas gemelas. No había notado la chispa de esperanza que siempre lo había acompañado… la esperanza de que al fin

encontraría a su amor verdadero y vivirían siempre felices.

Y el saber que había encontrado ese amor en la única mujer a la que no podía tener, dolía más de lo que habría creído posible. Tenía la sensación de haber perdido algo, antes incluso de encontrarlo.

—Richard parecía muy animoso esta mañana —dijo ella.

El hombre asintió.

—Anoche hablé con él y me dijo que, cuando pase la operación, quiere hacer cambios importantes.

La mujer frunció el ceño.

—¿Qué cambios?

—En primer lugar, no quiere seguir trabajando para Industrias McCarthy.

Elizabeth lo miró sorprendida.

—¿En serio? ¿Y qué quiere hacer?

Talbot esperó a tomar un sorbo de café.

—No está seguro. Quiere ir a la universidad, ver qué opciones puede tener —vaciló un momento; no estaba seguro de querer contarle todo lo que le había dicho Richard.

—Estoy sorprendida —musitó ella—. Ha trabajado contigo desde que nos casamos. Y nunca me dijo que no le gustara.

El hombre suspiró.

—Creo que hace tiempo que no está contento. Anoche me dijo que nunca le ha gustado trabajar para mí. Piensa que sólo lo contrataron porque es un McCarthy. Y quiere buscar un apartamento; dice que está harto de vivir conmigo y no ser responsable de sí mismo. Que le he facilitado la vida durante demasiado tiempo.

Elizabeth lo miró de hito en hito.

—Y ahora te sientes culpable porque piensas que quizá su inmadurez se debe a ti.

Talbot no contestó; vio con sorpresa que ella se echaba a reír.

—No sé qué es lo que te divierte —dijo, con toda la frialdad de que fue capaz.

Elizabeth soltó otra carcajada.

—Antes me intimidabas con ese tono arrogante, pero ya no. Y me río porque anoche en la cama yo me culpaba de lo mismo. Nos parecemos demasiado, amigo. Queremos que nos den todo el crédito cuando las cosas van bien y nos echen toda la culpa cuando

van mal. Uno se vuelve egoísta cuando pasa solo mucho tiempo.

El hombre se enderezó en su silla; quería negar que él fuera egoísta o que pudieran parecerse los dos. La mujer levantó una mano para detener sus palabras.

—Deja de castigarte. Eres un buen hombre y lo hiciste lo mejor que supiste, igual que yo. Es hora de dar libertad a Richard para que haga su vida, libertad para tener éxito o fracasar.

Dijo las mismas palabras que se había dicho él a sí mismo pero que necesitaba oírle a otro. Una vez más lo golpeó con fuerza la idea de que, de haber sido otra la situación, podrían haberse fundido en uno solo.

Se puso en pie con brusquedad, temeroso de pasar más tiempo con ella, de acabar hablando del amor que ardía en su corazón si seguían allí. Porque temía que, si expresaba en voz alta sus sentimientos por ella, renunciaría a una parte de sí mismo que jamás sería capaz de recuperar.

Y arruinaría la relación con su hermano, que necesitaba todo el amor y apoyo que Talbot pudiera ofrecerle.

—Tengo que dar un paseo —dijo.

Se alejó sin esperar respuesta.

Elizabeth lo observó marchase y pensó que esa situación se repetía mucho últimamente.

Tomó un sorbo de café y repitió mentalmente su breve conversación. Había querido decirle que le resultaba imposible sentirse intimidada por un hombre que la había abrazado durante las largas horas de una noche oscura. Un hombre que había recordado su miedo y le había comprado una luz de emergencia. Que el hombre al que amaba no podía intimidarla.

Y había estado muy cerca de decirle que lo quería. Había tenido las palabras en la punta de la lengua, pugnando por salir.

Terminó el bollo y el café y volvió a la sala de espera. Talbot no estaba, y pensó de inmediato en Richard. Sólo habían transcurrido tres horas. Quedaban dos más para esperar, preocuparse y rezar.

En el transcurso de las dos horas siguientes, entró y salió gente de la sala. Los miembros de una familia se agruparon juntos tomados de la mano y charlando en susurros mientras esperaban el diagnóstico de un ser querido. Talbot volvió a la estancia y se puso a pasear con nerviosismo; unas arrugas de preocupación surcaban

su frente.

Elizabeth lo miraba y sufría al ver lo aislado que parecía. ¿O era que su propia soledad penetraba profundamente en su corazón?

Siempre se había creído lo bastante fuerte para seguir sola el resto de su vida, de ser necesario. Pero ya no era así. Se sentía sola y quería que la rodearan los brazos de un hombre. Los de Talbot. Amar a Talbot había despertado en ella una necesidad que no sabía que existiera.

Cuando pasaron cinco horas y los médicos siguieron sin aparecer, Elizabeth salió de la sala de espera y fue a sentarse en una pequeña capilla.

Había sólo cinco bancos y un pequeño altar en el que ardían velas, pero en cuanto se sentó en el primer banco,-se sintió envuelta en paz.

Miró la luz de las velas sin pensar conscientemente nada en particular, sino dejando vagar su mente.

Sabía cuánto se parecían Talbot y ella. Ambos fuertes e independientes, ambos autosuficientes por necesidad y por los golpes de la vida, pero se preguntaba si él sentía el mismo vacío que ella.

Recordó que él había dicho que sólo sentía lujuria por ella. Y la lujuria no tenía nada que ver con compartir sueños o sostenerse mutuamente en los momentos buenos y en los malos. No tenía nada que ver con el amor.

Lo expulsó conscientemente de su mente y se centró en Richard una vez más. Tenía que ponerse bien. Era preciso. No podía imaginarse teniendo que decirle a su hijo que su padre había muerto. No se imaginaba comunicándole a Andrew que tendría que pasar el resto de su vida sin el padre al que tanto quería.

Captó el aroma familiar de Talbot un segundo antes de que se sentara en el banco a su lado. Se puso tensa.

—Siguen sin decir nada —suspiró él.

Aquel suspiró le llegó al corazón. A pesar de su resolución, le tomó la mano y enlazó sus dedos con los de él.

Talbot se puso rígido; después le apretó los dedos.

—No puedo imaginarme la vida sin él —dijo con suavidad—. Me hace reír y a veces me frustra, pero no puedo imaginar esto sin él.

Elizabeth no dijo nada; sabía que no había palabras que

pudieran calmarlo. Le devolvió el apretón y confió en que comprendiera que ella sentía lo mismo.

No supo cuánto tiempo pasaron allí, tomados de la mano y mirando las velas, con el corazón rebosante de plegarias silenciosas.

El doctor Breshnahan los encontró allí. Llevaba todavía la ropa de quirófano, pero les dedicó una sonrisa triunfal.

—Ha ido bien —dijo—. Parece que hemos sacado todo el tumor. Le daremos unas sesiones de quimioterapia sólo para asegurarnos.

—Gracias a Dios —exclamó Talbot, con ojos brillantes.

—¿Podemos verlo? —preguntó Elizabeth.

—Ahora está saliendo de la anestesia. Le diré a la enfermera que venga a buscarlos en quince minutos y podrán verlo un rato breve.

La emoción embargó a Elizabeth cuando se quedaron solos. Se abrazó a Talbot y soltó una carcajada de pura alegría.

—Richard se pondrá bien —dijo él.

—Vivirá muchos años —repuso ella, mirando al hombre al que amaba con todo su corazón—. Seguirá volviéndonos locos y podrá ver a Andrew hacerse hombre y tener una familia propia.

Se echó a llorar.

—Eh, eh —protestó el hombre—. ¿A qué vienen esas lágrimas? No es hora de llorar, sino de celebrarlo.

—Lo sé… lo sé —se soltó del abrazo—. Soy feliz. Muy feliz —secó con rabia las lágrimas que seguían cayendo.

—¿Y entonces, por qué lloras? —la voz de él era suave, tierna, y eso fue lo que acabó con la resistencia de ella.

Respiró hondo. Miró las velas que ardían; sus llamas parpadeantes eran sólo una mancha.

—Lloro porque sé que es hora de decir adiós —giró la vista hacia él—. Lloro porque te quiero y porque no sé cómo voy a vivir sin ti.

En ese momento entró una enfermera en la capilla.

—El doctor Breshnahan dice que ya pueden ver a Richard.

—Gracias —repuso Talbot. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió a Elizabeth—. Toma. No dejes que Richard vea tus lágrimas —salió tras la enfermera de la pequeña capilla donde resonaban todavía las palabras de amor de Elizabeth.

Capítulo 10

ELIZABETH se secó los ojos y lo siguió, anonadada por la confesión que acababa de salir de sus labios. ¿Cómo podía haber perdido así el control? ¿Cómo podía haber confesado sus sentimientos más íntimos?

Y él no había dicho nada. Como si ella hablara del tiempo o de algo mundano y aburrido que no tenía nada que ver con él. La había mirado, sin expresión.

Se ruborizó de vergüenza. ¿En qué estaba pensando? Pero ese era el problema, que no había pensado, que se había dejado llevar por las emociones.

Y ahora tenía que buscar en su interior, una vez más, la fuerza que la había ayudado a lo largo de una infancia de soledad, un matrimonio de decepciones y tantos años de vacío interior.

Cuando entró en la habitación en penumbra, Talbot estaba ya en pie al lado de Richard. Elizabeth se colocó al otro lado.

—Hola —dijo a su ex marido, que parecía adormilado, pero le dedicó una sonrisa. Tenía la cabeza vendada y un par de bolsas de goteo conectadas a los brazos.

—¿Te lo ha dicho Talbot? Lo han sacado todo. Te vas a poner bien —le aseguró.

Talbot tocó a su hermano en el hombro.

—Ahora solo tienes que descansar.

Richard intentó sentarse; luchaba por hablar.

—Tenéis que… tenéis que llamar…

—Lo sé —dijo Elizabeth—. Llamaré a Andrew enseguida para decirle que estás bien —le dio un golpecito en el hombro para que se relajara, pero él siguió agitado.

—Y… tienes que llamar… llamar a Erica.

La mujer miró a Talbot, quien tenía los ojos fijos en su hermano.

—Richard, ¿quién diablos es Erica? —preguntó.

Los labios de Richard se entreabrieron por la sonrisa más adorable y hermosa que Elizabeth le había visto nunca.

—Es… es la mujer con la que voy a casarme.

Y tras ese sorprendente anuncio, se relajó y volvió a dormirse. Elizabeth levantó la vista hacia Talbot.

—Seguramente serán los efectos de la anestesia —dijo el hombre —. Está soñando o alucinando. O a lo mejor quería decir tu nombre y se ha confundido.

La mujer asintió con aire ausente y se sentó en una silla al lado de la cama. No sabía qué pensar. ¿Erica? Nunca había oído a Richard mencionarla.

¿Era posible que estuviera saliendo con alguien? ¿Que se hubiera enamorado?

Esperó alguna reacción en su corazón, pero no la hubo. Si Richard había encontrado el amor, se alegraba por él. Y le deseaba un matrimonio largo y feliz.

El enfermo durmió solo diez minutos, en los que Talbot y Elizabeth no se movieron de los distintos lados de la cama.

No intercambiaron ni una palabra y la joven no lo miró en ningún momento. Se sentía humillada ante él. Le había desnudado su corazón y él le había tendido un pañuelo para que se secara las lágrimas. No podía mirarlo por miedo a ver lástima o burla en sus ojos.

Más tarde, cuando estuviera sola, lloraría por lo que no podía ser. Por el momento tenía que concentrarse en Richard.

Cuando abrió los ojos por segunda vez, parecía más alerta. Luchó por incorporarse un poco y sonrió a su hermano.

—Soy más duro de lo que pensabas, ¿verdad?

Talbot sonrió.

—Siempre he sabido que eras duro.

—He pasado la prueba con honores, ¿no?

—Sí —asintió su hermano—. Los McCarthy somos fuertes.

Richard sonrió; se volvió hacia Elizabeth.

—Quiero pedirte un favor.

—¿Que llame a Erica?

La miró sorprendido.

¿Te lo he pedido ya?

La mujer asintió.

—Pero no puedo hacerlo si no me das su teléfono o al menos su apellido.

—¿Y quién es Erica? —volvió a preguntar Talbot.

Richard sonrió.

—Erica Taylor. Se instaló en Morning View hace seis meses y hemos salido desde entonces. No le he dicho lo del tumor… lo de la operación. No quería preocuparla.

No quería preocupar a Erica. Elizabeth vio una luz en los ojos de Richard que no había visto nunca allí.

—¿Taylor? —preguntó Talbot—. ¿Es pariente de Zelda Taylor?

—Su nieta. Se trasladó a Morning View para cuidar de Zelda. Desde que esta murió, lo está pasando mal. No conoce a casi nadie allí aparte de mí. Me… me necesita.

Elizabeth vio la expresión de amor del rostro de Richard. Erica lo necesitaba, y él al parecer quería sentirse necesitado, algo que su ex mujer no le había dado nunca.

—Si me anotas su número, iré a llamarla —dijo; sacó un trozo de papel del bolso.

Unos minutos después, y tras haberle dicho a Andrew que su padre se encontraba bien, marcó el número de la mujer con la que Richard tenía intención de casarse.

Le pareció una mujer joven y cariñosa, que parecía muy enamorada de Richard.

Cuando colgó, sintió una punzada en el corazón; una punzada agridulce al darse cuenta de que Richard avanzaba hacia adelante, de que empezaba a hacerse una vida que no la incluía.

Y ella tenía que seguir también adelante con la suya… sola, sin Talbot, sin el hombre que amaba. Regresó a la habitación, y se sorprendió de encontrar solo al enfermo.

—¿Qué ha sido de tu hermano? —preguntó.

—Se ha marchado. Ha dicho que volvería mañana a primera hora.

Elizabeth pensó que seguramente no quería estar en la misma habitación que ella. Sobre todo después de haber cometido la tontería de decirle que lo quería.

—¿Has hablado con Erica? —preguntó Richard.

—Sí. Viene hacia aquí. No me sorprendería que le pusieran una multa por exceso de velocidad por el camino. No comprende por qué no le has dicho nada.

—¿Puedes quedarte conmigo hasta que llegue?

—Por supuesto.

Después de todo, ¿qué la esperaba en su casa? ¿Un apartamento silencioso? ¿Un corazón roto?

Eran más de las siete cuando llegó Erica Taylor al hospital. Era una mujer pequeña y morena que corrió al lado de Richard y rompió a llorar.

Elizabeth observó cómo la consolaba su ex marido y le demostraba una ternura que no había visto en él en todos sus años de matrimonio.

Salió de la estancia en silencio y los dejó solos.

Cuando estuvo dentro de su coche, se sintió abrumada de repente. Las horas de preocupación, los días de ansiedad, su confesión a Talbot y el recuerdo del rostro inexpresivo de él pudieron más que ella, que apoyó la cabeza en el volante y se echó a llorar.

Lloró por la niña pequeña que había perdido a sus padres, por la joven que deseaba tan desesperadamente no estar sola que se quedó embarazada y se casó con un hombre demasiado inmaduro para cumplir sus expectativas.

Lloró también por la mujer que siempre se había creído fuerte pero al fin había conocido una debilidad: amar a un hombre al que no podía tener, un hombre que la deseaba pero no la quería.

Cuando dejó de llorar, se sentía más vacía que nunca. Los latidos de su corazón no eran más que un eco apagado de lo que solía ser un músculo vibrante. Le dolía el estómago y nunca se había sentido tan sola.

En algún momento de la tarde, el cielo se había cubierto de nubes, y ahora había caído la noche. La oscuridad era completa, no había ni un rayo de luna que la paliara.

Sabía que su apartamento estaría oscuro y vacío. No quería entrar.

Pero no podía tener lo que quería.

Salió del coche y enderezó los hombros. Tenía que seguir

adelante con su vida. Tenía un hijo adorable que siempre le produciría alegrías. Seguiría estudiando y trabajando y, con el tiempo, conseguiría un empleo de profesora de jornada completa.

No necesitaba un hombre para realizarse.

Abrió la puerta y se quedó un momento de pie en el umbral, esforzándose por entender la escena que se desarrollaba ante ella.

Velas.

Cubrían toda la superficie de la habitación. Grandes, gruesas, altas, rojas, blancas, plateadas y doradas. Sus llamas daban brillo a la estancia.

—Te estaba esperando.

Aquella voz familiar la sobresaltó; vio a Talbot sentado en un extremo del sofá. Entró en la estancia y cerró la puerta a sus espaldas. Aún no entendía nada.

—¿Qué haces aquí?

El hombre se puso en pie.

—¿A ti qué te parece? —señaló a su alrededor—. Quiero llenar tu oscuridad de luz.

—No comprendo… —de repente tenía miedo de que aquello fuera una broma terrible, miedo de dejarse llevar por la esperanza que llenaba su corazón.

Talbot se acercó a ella, se detuvo solo cuando estuvo tan cerca que la mujer sentía su aliento en la cara.

—Quiero ser la luz a la que te aferres todas las noches. Quiero ser la luz que te haga sentir segura. Quiero iluminar todos los espacios de tu corazón con mi amor por ti.

—¿Tu amor? —rehusaba ceder a la necesidad de arrojarse en sus brazos… no lo haría hasta que estuviera segura de lo que él decía, de lo que le ofrecía—. Pero yo creía… tú dijiste que solo era lujuria.

Los ojos de él brillaron a la luz de las velas. Sonrió.

—Oh, créeme. Te deseo, Elizabeth. No puedo recordar una época en la que no te deseara —tendió un brazo y le tocó la mejilla con gentileza—. Pero es más que lujuria, más profundo que el deseo. Te quiero, Elizabeth. Te amo con todo mi corazón.

Sus palabras rompieron la inercia que se había apoderado momentáneamente de ella. Se echó en sus brazos y levantó el rostro hacia él. Talbot la besó en la boca.

La abrazó y ella sintió como si volviera a casa después de una

prolongada ausencia. Su corazón, que sólo unos momentos antes parecía apagado, resonaba ahora de vida.

Cuando terminó el beso, siguió estrechándola con fuerza. Elizabeth pensó si estaría soñando.

—Lo más difícil que he hecho en mi vida ha sido oírte decir esta tarde que me querías e intentar cerrar mi corazón a tus palabras. No podía entregarme a tu amor sin saber lo que necesitaba Richard de ti.

—Mi amistad. Es lo único que necesita.

—Ahora lo sé.

Volvió a besarla y ella se entregó al beso que parecía llenar de luz y brillo todos los rincones oscuros de su corazón.

Cuando se separaron, él la tomó de la mano y la condujo hasta el sofá.

—Si Richard no llega a contarnos lo de Erica, no te habría dicho que te quería —dijo, sentándose a su lado—. Jamás habría puesto en peligro su bienestar mental abriéndote mi corazón.

—Lo sé —y lo quería más por ello; por estar dispuesto a sacrificar su felicidad en aras de la de su hermano.

—Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi —dijo él.

La mujer lo miró sorprendida.

—Yo creía que no te caía bien.

Talbot movió la cabeza.

—Quería que así fuera. Pero en cuanto vi el brillo de tus ojos, esa barbilla levantada como si me retaras a arruinar vuestros planes de boda, supe que, en otra situación, te habría querido.

—Yo no sé cuándo me enamoré de ti —dijo ella con sinceridad —. Pero sé que tú siempre me ponías nerviosa, porque te encontraba demasiado atractivo —sonrió—. Me sentía como una de esas personas que van a los *reality shows* con temas como «estoy enamorada del hermano de mi marido».

—Cásate conmigo e iremos a uno con el tema de «Me casé con el hermano de mi marido».

Elizabeth soltó una carcajada. Luego se puso seria.

—Talbot, te quiero con todo mi corazón y nada me gustaría más que ser tu esposa…

—¿Pero?

—¿Pero no deberíamos hablarle de esto a Richard? —frunció el

ceño—. Él y tú tenéis una relación maravillosa. No quiero interponerme.

—Richard ya lo sabe. Hablé con él cuando saliste a llamar a Erica. Me dijo que sería un tonto si te dejaba escapar. Nosotros creíamos que disimulábamos muy bien nuestros sentimientos, pero, según Richard, hasta un ciego habría adivinado lo que ocurría. Me ha dado su bendición. Pero antes de que accedas a casarte conmigo, quiero dejar algo claro.

—¿Qué?

—Seré un marido más difícil que Richard. Tengo intención de compartir mis días y mis noches contigo. Querré conocer todos tus sueños, consolarte en todas tus decepciones —le acarició la mejilla —. Me gusta que seas fuerte, pero no quiero que uses esa fuerza para cerrarte a mí. Lo quiero todo, Elizabeth. No sólo lo bueno, también tus miedos, tus penas. Quiero estar a tu lado de modo que jamás vuelvas a sentirte sola.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Con una condición —musitó—. Que sea mutuo —colocó sus manos a ambos lados del rostro de él—. Quiero tus sueños y esperanzas, y quiero tus miedos y tus sufrimientos.

Talbot la tomó en sus brazos y le dio un beso que la hizo sentirse completa, que le dijo que había encontrado al fin a su alma gemela, al hombre que iluminaría sus días y noches con amor.

Epílogo

ERICA Taylor McCarthy estaba sentada enfrente de Elizabeth en la mesa de picnic. —Me han dicho que acabas de aceptar un puesto de profesora en la escuela primaria de Morning View —dijo.

Su cuñada asintió y mordió una patata frita.

—A partir de septiembre me encargaré del tercer curso.

Miró hacia la distancia, donde Richard, Talbot y Andrew jugaban al béisbol.

Era difícil creer que había pasado casi un año desde la operación de Richard. Este acababa de terminar su primer curso de universidad y parecía más sano y feliz que nunca.

—¿Ha pensado ya Richard en qué quiere especializarse? —se volvió hacia la mujer con la que su ex marido se había casado hacía nueve meses, una mujer embarazada ahora de siete meses.

Erica sonrió.

—Aún no. Lo creas o no, le gusta su trabajo de media jornada en la compañía constructora. No me sorprendería si acaba montando un negocio de construcción —sonrió de nuevo y se tocó el vientre voluminoso—. Ahora que sabe que va a ser niño, quiere construir una casa complicada en un árbol del jardín.

Elizabeth soltó una carcajada y miró de nuevo a los hombres. Sonrió al ver a su hijo saltar con fuerza para atrapar una pelota lanzada por Talbot.

Al comienzo le había preocupado la reacción de Andrew a su relación con Talbot. Pero el niño lo aceptó enseguida en la vida de su madre, y a Erica en la de su padre.

Mantenía una verdadera relación filial con Richard, pero también estaba muy unido a Talbot. Ella le había oído decir a sus

amigos que era muy afortunado porque tenía el mejor padre del mundo y el mejor padrastro.

El sol arrancó brillos al anillo de diamantes de Elizabeth. Mientras Richard y Erica habían tenido una boda a lo grande, Talbot y ella se habían casado un mes después en una ceremonia íntima y sencilla.

Hacía ocho meses que era la señora de Talbot McCarthy, los meses más felices de su vida. Y la felicidad aumentó aún más cuando, tres meses después de la boda, descubrió que estaba embarazada.

Andrew estaba encantado con la posibilidad de ir a tener, no uno sino dos hermanos. Tenía intención de ser el mejor hermano mayor del mundo entero.

La mujer sonrió a los hombres que se acercaban a la mesa.

—¿Se os ha abierto el apetito?

Talbot se sentó a su lado.

—Creo que estoy agotado —respiró hondo y le sonrió—. Ese niño lanza como un diablo.

—Sí, pero tengo que practicar más con el bate —repuso Andrew, tomando un puñado de patatas de una bolsa abierta.

—Practicaremos un poco después de cocinar las hamburguesas —intervino Richard. Sonrió a su hijo—. ¿Me ayudas con eso?

—Vale.

—Os acompaño —dijo Erica. Un momento después, se acercaban los tres a la barbacoa.

Talbot aprovechó la oportunidad para besar a su esposa.

—¿Estás bien? —colocó una mano en el vientre de ella—. Hola ahí dentro. ¿Todo bien?

Elizabeth se rió y le cubrió la mano con la suya.

—Los dos estamos bien. Y muy felices.

El hombre sonrió.

—Estás más guapa que nunca. Hay un aura a tu alrededor. Había oído que a veces les ocurre eso a las mujeres embarazadas.

—No es el embarazo, es el amor —sonrió ella.

—Yo también te quiero —se inclinó a besarla con suavidad—. Eres lo mejor que me ha ocurrido nunca.

—Yo siento lo mismo.

Permanecieron un momento en silencio, observando a Richard,

Erica y Andrew preparar las hamburguesas y reírse juntos.

—Es un hombre distinto a hace un año —musitó Talbot.

La mujer le sonrió.

—Todos somos distintos.

Sabía que ella también lo era. Su matrimonio con Talbot le había abierto un modo nuevo de compartir, y eso había creado un vínculo maravilloso y especial con el hombre que amaba.

—¿Te llevarás una decepción si el bebé es niña? —preguntó ella.

Talbot la miró sorprendido.

—¿Por qué iba a llevármela? Me gustaría tener una niña igual que su madre, de pelo color mantequilla y ojos azules brillantes.

—¿Y qué pasa si tiene pelo azul brillante y ojos color mantequilla? —se burló ella.

—Me importa un bledo si tiene pelo color púrpura y ojos naranjas. La querré como te quiero a ti, con todo mi corazón.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas de alegría. Era increíblemente afortunada. Su vida estaba llena de felicidad. Tomó la mano de él y sonrió cuando los dedos masculinos estrecharon los suyos.

Tenía una cuñada amable y cariñosa, un ex marido que era uno de sus mejores amigos, un hijo equilibrado e inteligente, y a Talbot, el hombre que hacía vibrar su corazón de pasión, risa y amor.